

DOMINGO

25 años sin Miguel Ángel Blanco

El secuestro y asesinato 48 horas después del joven concejal del PP de Ermua provocó una sacudida social sin precedentes e hizo emerger un movimiento de deslegitimación de ETA y sus cómplices políticos que le acompañó hasta su final en 2011



Una cruz recuerda el asesinato de Miguel Ángel Blanco en el lugar donde fue tiroteado por los terroristas.

IGNACIO PÉREZ

La determinación de ETA

Las órdenes de 'Kantauri' al comando:
«Si no podéis secuestrarlo, le dais kaña y a por otro» **P8**

El llanto de su hermana Marimar

«Al año siguiente fuimos al lugar donde apareció Miguel y aún había flores. No hicimos más que llorar, llorar...» **P10**

Aquí lo mataron, aquí

Su secuestro y asesinato fue un drama desencadenado en escenarios comunes, casi intercambiables **22**

La sacudida que alentó el principio del fin de ETA

POR QUÉ TODO CAMBIÓ

Conmoción. El enorme impacto que causó hace 25 años el vil asesinato del concejal del PP Miguel Ángel Blanco rompió la espiral del silencio, reflejó un cambio social que dividió a la izquierda abertzale y aceleró la crisis de la banda

ALBERTO SURIO



La noticia circuló como la pólvora. A las 15.30 horas de aquella tarde del 10 de julio, tres terroristas de ETA secuestraban a Miguel Ángel Blanco después de llegar en tren a Eibar, a donde acudía a trabajar a una consultora como economista. Blanco tenía 29 años y era concejal del PP en Ermua. ETA reivindicaba a las 18.30 la acción en un comunicado a Egin Irratia, exigía el acercamiento de todos sus presos al País Vasco y lanzaba un ultimátum: si a las 16.00 horas del sábado 12 el Gobierno del PP no accedía a sus exigencias, ejecutaría al rehén. El entonces consejero de Interior, Juan María Atutxa, informaba al lehendakari José Antonio Ardanza. El mazazo fue demolidor.

Las movilizaciones para pedir su liberación, y para que ETA no le matara, no se hicieron esperar. A mediodía del sábado 12 en Bilbao hasta medio millón de personas clamó por la libertad de Miguel Ángel. El Ejecutivo de José María Aznar no accedió a negociar y ETA cumplió sus amenazas. A las 16.10 horas de aquel día, en un paraje de Lasarte-Oria, el etarra Francisco Javier García Gaztelu, "Txapote", le disparaba dos tiros en la cabeza, uno en la nuca, con una pistola pequeña con silenciador. Otro de los terroristas le había obligado a arrojarse y le ató las manos por delante con un cable. No murió en el acto. Lo hizo en la madrugada del 13 tras algunas horas en estado vegetativo y en coma profundo.

El asesinato provocó una sacudida social sin precedentes. La crueldad retransmitida minuto a minuto en directo golpeó

con extraordinaria dureza a la sociedad. El mazazo fue un catalizador de una corriente profunda de indignación ciudadana, sobre todo entre los más jóvenes. El movimiento de destigmatización de ETA se había venido gestando ya en los últimos años. Pero el brutal impacto de los hechos desató la ira.

La batalla cultural

Una de las claves de la derrota de ETA fue batalla de la opinión pública vasca. El punto de inflexión determinante a finales de la década de los años 80 fue el Pacto de Ajuria Enea, firmado en enero de 1988, que estableció un marco político de claridad para dar, y ganar, la batalla cultural contra el terrorismo.

Ermua, eso sí, fue un detonante que venía precedido por una tarea de desafección en la que resultó clave el anclaje del nacionalismo institucional en el seno del bloque democrático, lo que contribuyó al aislamiento político de la izquierda abertzale que se resistía a desmarcarse de ETA. El papel desarrollado en ese sentido por el lehendakari

LAS CLAVES

UN REVULSIVO

Ermua catalizó un movimiento cívico contra la violencia alentado por el Pacto de Ajuria Enea

RECELOS

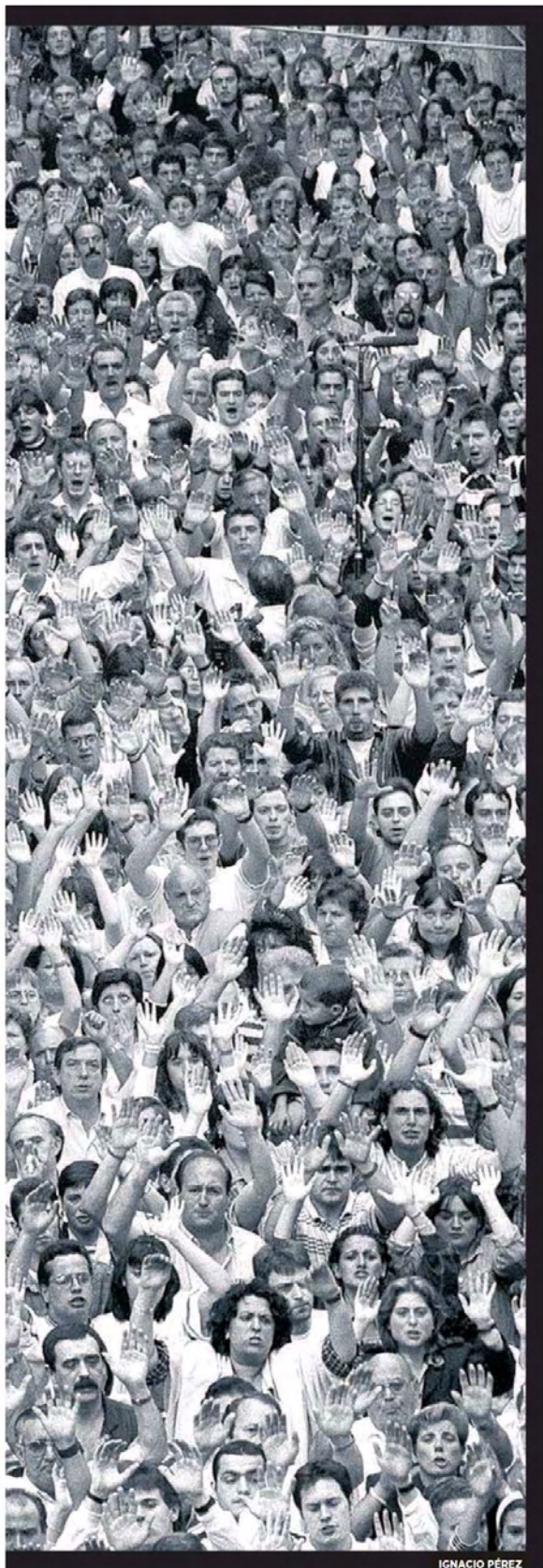
El nacionalismo temió que una parte de la corriente social contra ETA se le volviera en contra

José Antonio Ardanza fue una contribución esencial. Él supo lanzar un mensaje que terminó penetrando al señalar que el problema del Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV) no solo era de medios, el empleo de la violencia, sino de fines, en la medida en la que el proyecto totalitario de ETA era precisamente negador de la pluralidad vasca y una amenaza contra el autogobierno derivado de las instituciones estatutarias.

El denominado 'espíritu de Ermua' condensó en movilizaciones sin precedentes todo un estado de ánimo que, con altibajos, se había fraguando en el País Vasco en la última década. El inicio de la Transición en Euskadi fue particularmente traumático, entre otros factores, por la presión terrorista de ETA, que se cebó expresamente después de la aprobación del Estatuto de Gernika. Los intentos de articular un 'frente por la paz' para aislar políticamente al mundo de la violencia, la histórica pretensión de Txiki Benegas, tropezaban con las resistencias del nacionalismo institucional, sobre todo en la primera etapa cuando el protagonismo recaía en el lehendakari Carlos Garaikoetxea. En el contexto de aquella coyuntura, además, los atentados de los GAL alentaron una espiral de acción-reacción que dificultó durante mucho tiempo la clarificación en aquella disputa para ahincar el espacio de la violencia.

La imagen de Ardanza encaramado en un banco de piedra en un paseo junto al Palacio de Ajuria Enea en plena protesta tras el asesinato fue precisamente la metáfora de aquel punto de inflexión de un cambio social que





IGNACIO PÉREZ

se había venido labrando en los últimos años. La crueldad de ETA al asesinar a Blanco tras el chantaje terminó por convulsionar a una ciudadanía que empezaba a sentir un profundo hartazgo por la persistencia del terrorismo.

La burbuja del mundo radical, aparentemente, seguía cerrada, pero las contradicciones iban por dentro. ETA seguía de vanguardia y bloqueaba la existencia de movimientos políticos, en donde los sectores más proclives a terminar con la violencia aún eran minoritarios o carecían de peso para cambiar la correlación de fuerzas interna a pesar de que la presión policial desgastaba a la organización. Se atribuye a Antton Etxebeste, entonces deportado en Santo Domingo, un intento que no cuajó para ampliar el plazo y propiciar una negociación que evitara que se cumpliera el ultimátum. El entorno radical parecía pétreo, pero la presión de la sociedad comenzaba a hacer mella. Inigo Iruin, veterano abogado de la izquierda abertzale, es el autor de una frase reveladora: «A ETA se le mina, pero no se le elimina». El colchón sociológico de la izquierda radical vasca, labrado en el final del franquismo y al comienzo de una Transición convulsa, fue decisivo para explicar la lentitud en la evolución de ese mundo.

Ermua rompió el silencio de años de indiferencia, de mirar para otro lado, a pesar de que en un sector de la sociedad vasca sí habían anidado grupos pacifistas y de resistentes, y había comenzado en los años 80 a cristalizar, primero en torno a Gesto por la Paz, un movimiento de contestación a la violencia, en una primera fase, con una adhesión significativamente minoritaria pero que expresaba el germen de esa revolución de las conciencias que después iría germinando en algo cualitativa y cuantitativamente distinto. Durante aquel tiempo se activaron las campañas ciudadanas del 'lazo azul', por ejemplo para exigir la liberación de los empresarios Julio Iglesias Zamora y José María Aldaia, y del funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara, secuestrados por la organización terrorista, este último liberado por la Guardia Civil días antes de perpetrarse el crimen de Miguel Ángel. ▶

CRONOLOGÍA DEL CRIMEN

10 DE JULIO / 15:30

Miguel Ángel Blanco, concejal del PP en Ermua, no acude a su trabajo en una consultoría en Eibar. Ha sido secuestrado por el 'comando Donosti' de ETA.

10 DE JULIO / 17:30

La banda reivindica el secuestro en una llamada a 'Egin'. Amenazan con matarle si en 48 horas -el sábado 12 a las 16:00- el Gobierno no acerca a cárceles de Euskadi a los presos etarras.

10 DE JULIO / 18:15



Se pone en marcha un potente dispositivo policial. Los medios llegan al domicilio familiar. Los propios periodistas dan la trágica noticia al padre de Miguel Ángel cuando llega.

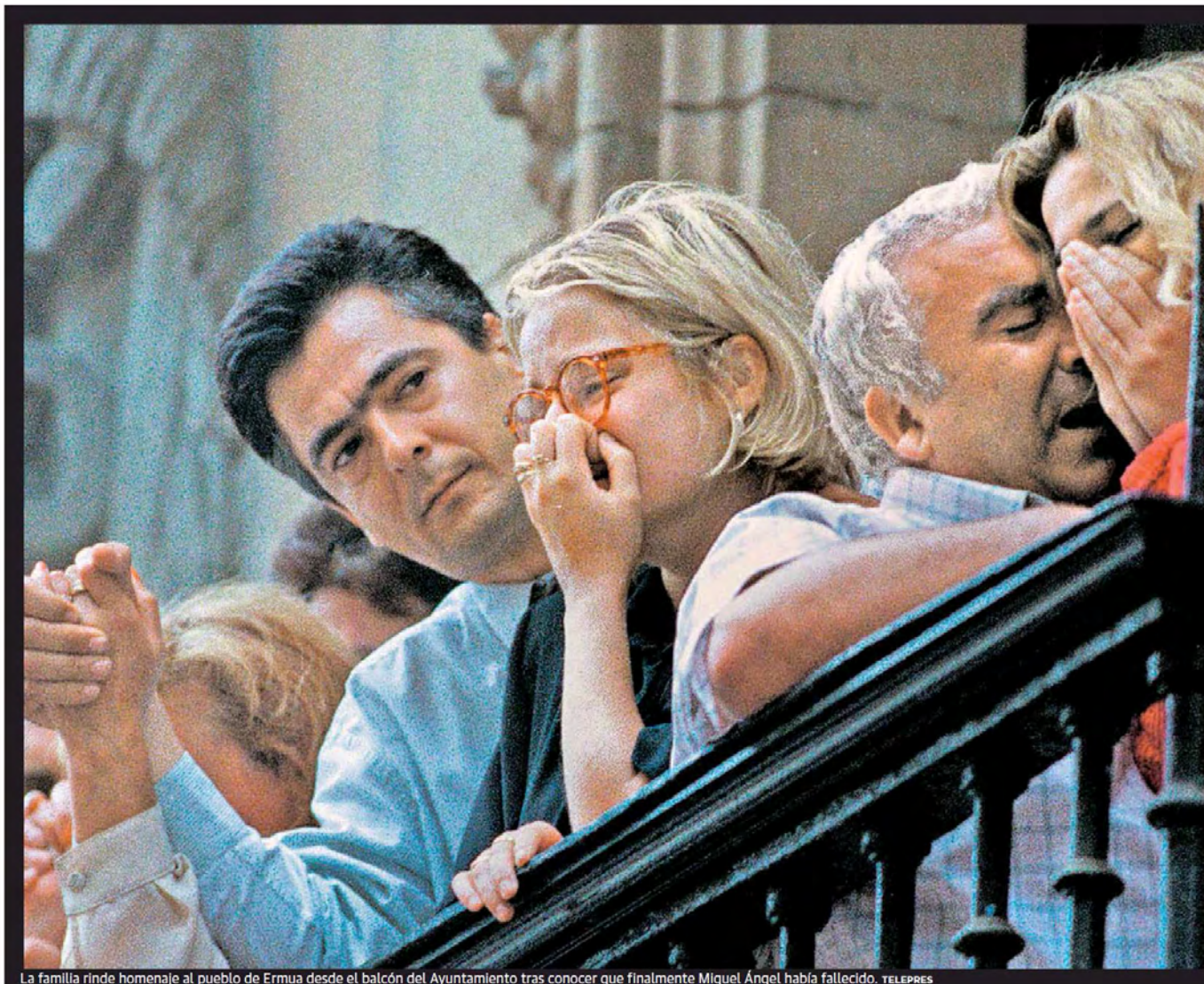
10 DE JULIO / 20:15

Los vecinos de Ermua salen a la calle para pedir a ETA que libere al joven concejal.

10 DE JULIO / 23:30

Las reacciones políticas se suceden. Las televisiones insertan un lazo azul que sustituye a sus logotipos.





La familia rinde homenaje al pueblo de Ermua desde el balcón del Ayuntamiento tras conocer que finalmente Miguel Ángel había fallecido. TELEPRENS

En aquel escenario emergió el 'Basta ya' que, al menos sus orígenes, pretendía contrarrestar tantos años de silencio y ambigüedad con una beligerancia activa contra la violencia y contra quienes le prestaban cobertura ideológica. El embrión de aquello fueron las movilizaciones espontáneas en las calles de Euskadi tras el asesinato, muchas de ellas con presencia de numerosos jóvenes, que se habían socializado durante años en la cultura de imposición de ETA. Las convocatorias se llevaron a cabo, en numerosas ocasiones frente a las sedes de Herri Batasuna. «Sin pistolas no sois nada», era uno de los lemas coreados por los manifestantes.

Aquellas movilizaciones fueron el símbolo de aquella revuelta ciudadana, que después tendría consecuencias políticas. En la izquierda abertzale el fenómeno

no fue inocuo y alentó las contradicciones internas que ya había comenzado a dejar el fracaso del diálogo de Argel, sobre todo quienes pensaban que una previsible derrota militar iba a precipitar un naufragio del proyecto político de la izquierda abertzale. Pero ETA y el bloque KAS, entonces dominante y representante de la línea más intransigente, optaron por una huida hacia adelante y una dinámica de hostigamiento terrorista de carácter político-militar.

Las movilizaciones al calor de Ermua denunciaron también la

LAS CLAVES

EL TIEMPO

El 'espíritu de Ermua' inició el deshielo pero el fenómeno terrorista aún tardaría años en derretirse

cobertura política que daba Herri Batasuna a ETA. A día de hoy todavía sorprende la falta de reacción y el silencio que caracterizaron su dirección, pese a sentirse directamente interpelada por la indignación cívica.

En todo caso, Ermua también despertó determinados recelos políticos. El nacionalismo temió que, detrás del fenómeno de indignación social, los partidos no nacionalistas y el colectivo 'Basta ya' utilizaran esa reacción para socavar la base sociológica abertzale y legitimar un discurso constitucionalista. El 'Basta ya'

LAS CONTRADICCIONES

La explosión de ira abrió las primeras fisuras serias dentro de HB, pese al silencio de sus dirigentes

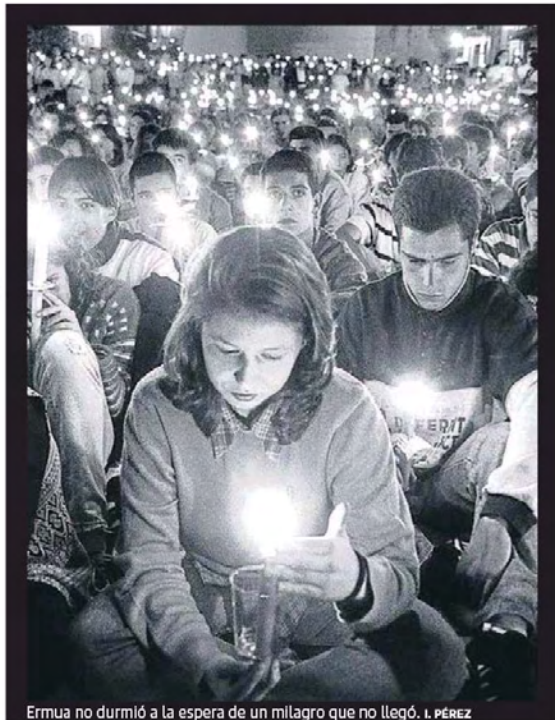
logró aglutinar a numerosos intelectuales no nacionalistas al activismo ideológico y el nacionalismo institucional interpretó que se estaba gestando una operación en su contra para sustituir su tradicional hegemonía.

El desgaste del iceberg

Después, tras la ruptura del acuerdo de Ajuria Enea, se activaría el 'plan Ardanza', que planteaba «un incentivo político» para integrar a la izquierda abertzale en el juego democrático, y que fracasó antes de nacer por los recelos del PP a que el PNV estuviera negociando en secreto con HB. Empezaba a germinar la dinámica de Lizarra en defensa del derecho de autodeterminación. Y emergía el proyecto de nuevo Estatuto de Libre Adhesión de Juan José Ibarretxe, cuya toma en consideración para debatirlo fue rechazado en el Congreso. El Pacto de Lizarra visua-

lizaba la fractura entre nacionalistas y no nacionalistas, un caldo de cultivo propicio para la violencia.

Ermua aceleró algunos movimientos en la política vasca que venían larvándose tiempo antes, aunque el final del terrorismo tendría que esperar a 2011. Las tensiones en la izquierda abertzale permanecerían agazapadas, pero iban socavando poco a poco ciertos cimientos sociológicos que parecían inamovibles pero que, al final, terminaron por implonarse por la confluencia de numerosos factores: la presión y eficacia policial y judicial, la movilización social, el papel activo de los sectores más resistentes y la cooperación internacional. El complejo imaginario del terror, como la punta de un gigantesco iceberg, comenzaba a resquebrajarse poco a poco pero tardaría aún demasiado tiempo en derretirse.



Ermua no durmió a la espera de un milagro que no llegó. I. PÉREZ



Las protestas frente a las herriko tabernas se sucedieron aquellos días. D.V.

CRONOLOGÍA DEL CRIMEN

11 DE JULIO / 07:00

Las fuerzas de seguridad siguen peinando Euskadi. Se centran en el radio de 20 kilómetros que une Ermua, Arrasate y Elorrio.

11 DE JULIO / 12:00



El lehendakari Ardanza convoca de urgencia el pacto de Ajuria Enea. PNV, PSE, PP, IU, EA y Unidad Alavesa conminan a ETA y a HB a que «no traspasen el límite».



Por él y por quienes le acompañaron

JOSÉ LUIS ZUBIZARRETA

A penas había pasado una semana desde la liberación de Ortega Lara, cuando ETA asesinó a Miguel Ángel Blanco, el crimen más vil de su ignominiosa historia. No fue casual coincidencia. Se trató de la muy meditada 'vendetta' con que la banda quiso resarcirse de la frustración que le supuso el fulgurante final del secuestro más 'exitoso' de los que había perpetrado. Se le volvió en contra. Sirvió, muy a su pesar, para sacar

a plena luz su carácter mafioso, que ya habíamos podido vislumbrar en el 'pizzo' con que, bajo el eufémico nombre de 'impuesto revolucionario', se dedicó a extorsionar a empresarios, profesionales y pequeños comerciantes. Hoy nos reconforta pensar que aquellos dos crímenes acabaron siendo el azadón y la pala con que ETA cavó la tumba en que, una larga década después, quedaría sepultada de manera definitiva.

Miguel Ángel Blanco fue quizá el enemigo más indefenso e inocuo que ETA pudo elegir. Esa circunstancia, junto con el lúgubre suspense entre secuestro y asesinato con que, durante cuarenta y ocho horas, mantuvo en vilo a la población, hizo de él la víctima por antonomasia, merecedora de la sentida solemnidad con que hoy se la recuerda. Su muerte actuó de espoleta de una movilización ciudadana que marcó el punto de inflexión en que la sociedad vasca dio el

vuelco hacia un compromiso activo contra el terrorismo. Y fue, a la vez, en sentido contrario, el baldón que sumió en la vergüenza y en un silencio sepulcral a quienes hasta entonces se ufanaban de pertenecer al patriótico movimiento que ETA mantenía activado a golpe de atentado. Una pena que tanto aquel compromiso como la vergüenza duraran lo poco que duran en nuestras olvidadizas sociedades los impactos emocionales. Hasta la unidad en que se apresuró a buscar refugio una

clase política conmovida y alarmada se disolvió mucho antes de lo que habría cabido esperar.

Resulta hoy obligado recordar que aquel asesinato fue un fogonazo que, al poner el foco en el joven concejal de Ermua, nos deslumbró hasta el punto de cegarnos ante las otras víctimas que, como él, cayeron sin sentido y sin merecerlo. Hoy, quien fue la víctima por antonomasia habría de servir para que nos paráramos a mirar y a acompañar el dolor y el desconsuelo que ETA sembró en torno a los más de ochocientos asesinados que, como él, fueron abatidos, pero, a diferencia de él, siguen sumidos en un anónimo olvido. Todos ocuparon el lugar que habría podido tocarle a cualquiera de nosotros y son, por ello, víctimas vicarias que la piedad nos impone el deber de recordar.

Miguel Ángel Blanco fue quizá el enemigo más indefenso e inocuo que ETA pudo elegir

kioskoymas.com



Somos lo que somos, pero también lo que los demás recuerdan que fuimos. Hubo un Miguel Ángel Blanco —el Miguel con la tilde cariñosa que los suyos le prendían al nombre— antes de la tenebrosa tarde del 10 de julio de 1997 en que tres etarras de su misma quinta le secuestraron para matarle. Hubo otro en las 48 horas en que los terroristas le retuvieron con el reloj de arena de la ejecución sumaria corriendo en su contra, cuando él tuvo que mirar de frente a la certeza de que iban a asesinarle; y cuando ETA obligó a los periodistas y sus conciudadanos a asomarse a la existencia de aquel desconocido concejal del PP de Ermua hasta encariñarse con él, con su pelo pajizo, los ojos que se clavaban en el alma desde los carteles que clamaban por su libertad, el rostro de vecino tímido y educado, las baquetas de la batería con las que remedaba a Héroes del Silencio, esos padres y esa hermana que, de la noche al día, lo fueron de todos en su infinito dolor. Y ahí emerge el tercer Miguel Ángel, la víctima 778 en el despiadado paseo de ETA por los infiernos que acaba erigiéndose en el asesinado de los asesinados. En la efigie que simboliza el horror desnudo e imborrable, sin causa y sin excusa, aunque las nuevas generaciones no sepan —o no quieran saber— quién fue el chaval al que mataron.

El ser humano 778 en el almanaque del terror vino a la vida que le robaron el 13 de mayo de 1968, apenas un mes antes de que ETA asesinara al guardia civil José Antonio Pardines, la víctima inaugural de todas sus víctimas. Salvo esos 23 primeros días de recién nacido, Miguel Ángel Blanco siempre convivió, como tantos y tantos vascos, con la violencia terrorista ganando terreno dentro y fuera de Euskadi hasta que la desalmada brutalidad de su propio secuestro y asesinato se transformó en aldbonazo moral para recuperar las calles hacia la coexistencia pacífica y democrática. Qué pensaría Miguel Ángel de sí mismo, medido en política en aquella heterogénea prole de jóvenes del PP fascinados primero por el carisma a pie de acera de Gregorio Ordóñez y concienciados luego por su asesinato, leyendo los retratos que pintamos de él teniendo que evocar quién fue y fantaseando con quién habría llegado a ser.

Sí sabemos que creció en el hogar de un albañil y de un ama de casa —Miguel Blanco y Consuelo Garrido— inmigrantes de la localidad orensana de Xunqueira de Espadanedo, que se enovianaron al calor del aluvión de trabajadores gallegos que buscaron prosperar en los años 60 en Ermua. Una pareja humilde y laboriosa que, sin atravesar penurias insostenibles pero sin lujos, procuró estudios a sus dos hijos. Miguel Ángel siem-



Miguel Ángel Blanco, repartiendo propaganda electoral en la campaña de 1995 en la que fue elegido concejal de Ermua. IGNACIO PÉREZ

El asesinato 778 que acabó erigido en símbolo

PERFIL

La vida de Miguel. El chaval al que mataron gozaba de los suyos, su pueblo y la música. Música siempre, aporreando de niño las cazuelas de su madre y la batería en Póker, su banda pandillera de bodas y verbenas. Todo eso encarnaba el chaval al que mataron. También al simpatizante del PP —porque se sentía de Ermua, gallego y español— que se hizo concejal en 1995, cuando ETA ya había asesinado a Ordóñez pero casi ningún amenazado llevaba aún escolta, para dedicar su compromiso a su pueblo. Y para denunciar en los plenos, con una gallardía que camuflaba su ligera tartamudez, que los presos etarras lo eran por vulnerar los derechos ajenos.

La madre que lo llevó en su vientre temía por él. A la víctima 778, elegida por sus matarifes porque era fácil, nunca se le escuchó decir que tuviera miedo porque jamás se creyó tan importante como para que ETA le colocara fatalmente en su diana. Sí confesó, al ver la cadavérica figura de José Antonio Ortega Lara liberado del averno, que él no soportaría un cautiverio así. Somos lo que somos y lo que recuerdan de nosotros. Conocemos al veinteaño afable, alegre y con ambiciones domésticas y al emblema que dignifica a todos los asesinados. Al Miguel Ángel de aquellas 48 horas de desgarrador e irreversible ultimátum solo pueden evocarle sus asesinatos.

penó durante un tiempo, con los parroquianos con los que tomaba un vino fuera del tajo, porque su primogénito trabajaba con él, de obra en obra, sin terminar de encontrar un empleo acorde a su formación.

Al Miguel Ángel Blanco de aquellas desgarradoras 48 horas en que supo que iban a matarle solo pueden evocarle sus asesinatos

Hasta que entró en Eman Consulting, la asesoría de Eibar en la que el concejal Ibon Muñoa, el chivato del drama, fichó sus movimientos para que el 'comando Donosti' se adueñara, irremediable-

mente, de su vida. Con aquel sueldo que le abría la puerta a la independencia con su novia de entonces, Miguel Ángel se compró un coche. Nunca llegó a recogerlo.

Hijo común de unos padres comunes. Hermano mayor que ejercía como tal para «la niña» —esa Marimar forjada por obligación en la resistencia y el coraje—. Tío de dos sobrinas a las que dolió en lo más hondo tener que contarles cómo murió ese miembro involi-

LOURDES PÉREZ



kioskoymas#centrodocumental@funesa

Somos lo que somos, pero también lo que los demás recuerdan que fuimos. Hubo un Miguel Ángel Blanco —el Miguel con la tilde cariñosa que los suyos le prendían al nombre— antes de la tenebrosa tarde del 10 de julio de 1997 en que tres etarras de su misma quinta le secuestraron para matarle. Hubo otro en las 48 horas en que los terroristas le retuvieron con el reloj de arena de la ejecución sumaria corriendo en su contra, cuando él tuvo que mirar de frente a la certeza de que iban a asesinarle; y cuando ETA obligó a los periodistas y sus conciudadanos a asomarse a la existencia de aquel desconocido concejal del PP de Ermua hasta encariñarse con él, con su pelo pajizo, los ojos que se clavaban en el alma desde los carteles que clamaban por su libertad, el rostro de vecino tímido y educado, las baquetas de la batería con las que remedaba a Héroes del Silencio, esos padres y esa hermana que, de la noche al día, lo fueron de todos en su infinito dolor. Y ahí emerge el tercer Miguel Ángel, la víctima 778 en el despiadado paseo de ETA por los infiernos que acaba erigiéndose en el asesinado de los asesinados. En la efigie que simboliza el horror desnudo e imborrable, sin causa y sin excusa, aunque las nuevas generaciones no sepan —o no quieran saber— quién fue el chaval al que mataron.

El ser humano 778 en el almanaque del terror vino a la vida que le robaron el 13 de mayo de 1968, apenas un mes antes de que ETA asesinara al guardia civil José Antonio Pardines, la víctima inaugural de todas sus víctimas. Salvo esos 23 primeros días de recién nacido, Miguel Ángel Blanco siempre convivió, como tantos y tantos vascos, con la violencia terrorista ganando terreno dentro y fuera de Euskadi hasta que la desalmada brutalidad de su propio secuestro y asesinato se transformó en aldbonazo moral para recuperar las calles hacia la coexistencia pacífica y democrática. Qué pensaría Miguel Ángel de sí mismo, medido en política en aquella heterogénea prole de jóvenes del PP fascinados primero por el carisma a pie de acera de Gregorio Ordóñez y concienciados luego por su asesinato, leyendo los retratos que pintamos de él teniendo que evocar quién fue y fantaseando con quién habría llegado a ser.

Si sabemos que creció en el hogar de un albañil y de un ama de casa —Miguel Blanco y Consuelo Garrido— inmigrantes de la localidad orensana de Xunqueira de Espadanedo, que se enovianaron al calor del aluvión de trabajadores gallegos que buscaron prosperar en los años 60 en Ermua. Una pareja humilde y laboriosa que, sin atravesar penurias insostenibles pero sin lujos, procuró estudios a sus dos hijos. Miguel Ángel siem-



Miguel Ángel Blanco, repartiendo propaganda electoral en la campaña de 1995 en la que fue elegido concejal de Ermua. IGNACIO PÉREZ

El asesinato 778 que acabó erigido en símbolo

PERFIL

La vida de Miguel. El chaval al que mataron gozaba de los suyos, su pueblo y la música. Música siempre, aporreando de niño las cazuelas de su madre y la batería en Póker, su banda pandillera de bodas y verbenas. Todo eso encarnaba el chaval al que mataron. También al simpatizante del PP —porque se sentía de Ermua, gallego y español— que se hizo concejal en 1995, cuando ETA ya había asesinado a Ordóñez pero casi ningún amenazado llevaba aún escolta, para dedicar su compromiso a su pueblo. Y para denunciar en los plenos, con una gallardía que camuflaba su ligera tartamudez, que los presos etarras lo eran por vulnerar los derechos ajenos.

penó durante un tiempo, con los parroquianos con los que tomaba un vino fuera del tajo, porque su primogénito trabajaba con él, de obra en obra, sin terminar de encontrar un empleo acorde a su formación.

Al Miguel Ángel Blanco de aquellas desgarradoras 48 horas en que supo que iban a matarle solo pueden evocarle sus asesinatos

mente, de su vida. Con aquel sueldo que le abría la puerta a la independencia con su novia de entonces, Miguel Ángel se compró un coche. Nunca llegó a recogerlo.

Hijo común de unos padres comunes. Hermano mayor que ejercía como tal para «la niña» —esa Marimar forjada por obligación en la resistencia y el coraje—. Tío de dos sobrinas a las que dolió en lo más hondo tener que contarles cómo murió ese miembro involvi-

mente, de su vida. Con aquel sueldo que le abría la puerta a la independencia con su novia de entonces, Miguel Ángel se compró un coche. Nunca llegó a recogerlo.

Hijo común de unos padres comunes. Hermano mayor que ejercía como tal para «la niña» —esa Marimar forjada por obligación en la resistencia y el coraje—. Tío de dos sobrinas a las que dolió en lo más hondo tener que contarles cómo murió ese miembro involvi-

dable de la familia que gozaba de la Navidad con los suyos y, sobre todo, de la música. Música siempre, aporreando de niño las cazuelas de su madre y la batería en Póker, su banda pandillera de bodas y verbenas. Todo eso encarnaba el chaval al que mataron. También al simpatizante del PP —porque se sentía de Ermua, gallego y español— que se hizo concejal en 1995, cuando ETA ya había asesinado a Ordóñez pero casi ningún amenazado llevaba aún escolta, para dedicar su compromiso a su pueblo. Y para denunciar en los plenos, con una gallardía que camuflaba su ligera tartamudez, que los presos etarras lo eran por vulnerar los derechos ajenos.

La madre que lo llevó en su vientre temía por él. A la víctima 778, elegida por sus matarifes porque era fácil, nunca se le escuchó decir que tuviera miedo porque jamás se creyó tan importante como para que ETA le colocara fatalmente en su diana. Sí confesó, al ver la cadavérica figura de José Antonio Ortega Lara liberado del averno, que él no soportaría un cautiverio así. Somos lo que somos y lo que recuerdan de nosotros. Conocemos al veinteaño afable, alegre y con ambiciones domésticas y al emblema que dignifica a todos los asesinados. Al Miguel Ángel de aquellas 48 horas de desgarrador e irreversible ultimátum solo pueden evocarle sus asesinatos.

LOURDES PÉREZ



**CRONOLOGÍA
DEL CRIMEN**

11 DE JULIO / 13:00

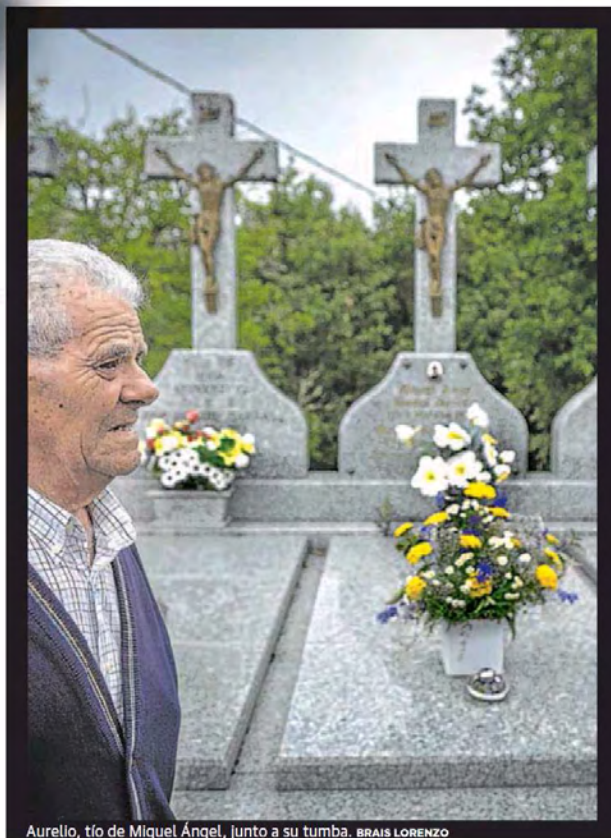
Manifestación multitudinaria en Ermua. La pancarta reza 'Miguel Ángel, te esperamos'.

11 DE JULIO / 17:00

«¡Sin pistolas no sois nada!». La sorpresa y el disgusto por el secuestro mudan en rabia en las numerosas manifestaciones que se suceden por toda España al grito de «Miguel Ángel, no estás solo».

11 DE JULIO / 20:00

La hermana de Miguel Ángel, Marimar, -ambos están muy unidos- se dirige a los vecinos de Ermua. Ha vuelto de Escocia, donde estudiaba Turismo, para encarar la peor de las situaciones. Tiene 23 años.



Aurelio, tío de Miguel Ángel, junto a su tumba. BRAIS LORENZO

«Miguel Ángel, tú no tenías que estar aquí»

TUMBA EN GALICIA

Profanación. La familia del edil trasladó sus restos a Galicia ante los ataques que sufría la tumba en Ermua

ÓSCAR B. DE OTÁLORA
Faramontaos



trada del pueblo. Allí está enterrado Miguel Ángel Blanco pero también los padres del edil, Miguel Ángel y Chelo, que fallecieron hace dos años, con apenas quince días de diferencia. La tumba está decorada con una pequeña foto del edil y un crucifijo do-

rado. «Hicimos el traslado desde Ermua casi en secreto, hablando con muy poca gente porque no queríamos hacer ningún ruido. En cuanto se supo, hubo varios homenajes y vino mucha gente, pero en los últimos años las visitas han bajado un poco», agrega.

Aurelio habla sin ningún rencor sobre el motivo del traslado de los restos de su sobrino. Se encoge de hombros cuando se le pregunta por los ataques y los insultos y prefiere recordar lo feliz que era su sobrino en Faramontaos. «Él aquí se relajaba y le veíamos contento. Se pasaba el día por los montes y tenía muchos amigos. Nos solía decir: vengo mal y regreso a Ermua como nuevo. Y no es que nos visitara de vez en cuando. En verano, en Semana Santa e incluso en Navidades se presentaba en Faramontaos, aunque fuese para pasar unos pocos días». La esposa de Aurelio, Pacita, le recuerda como un joven muy bueno, el mejor amigo de sus hijas: «le querían como al hermano que nunca tuvieron».

Hace 25 años, cuando se produjo el secuestro y el asesinato, el matrimonio llegó a creer que la movilización de millones de personas llegaría a salvar a su sobrino. «Le diré una cosa», relata Pacita, «desde aquel día no creo en el de arriba como creía antes. Hace poco vino una monja a visitar la tumba y nos contó como se pasaron todos aquellas días orando para que no le matasen. ¿De qué sirvieron todos los rezos?, me pregunto desde entonces». Aurelio, más parco, recuerda que su hija salió para Ermua nada más conocer el secuestro. «Cuando apareció Miguel Ángel

con los tiros en la cabeza no le querían dejar entrar en la habitación en la que estaba mi sobrino. Ella les gritó y les dijo que iba a verle sí o sí y al final pasó adentro. Lo único que pudo hacer es agarrarle de la mano mientras agonizaba y ella aseguró que Miguel Ángel le apretó con fuerza la mano. Esos recuerdos nos quedan».

Apuñalados en Caracas

Los tíos de Miguel Ángel Blanco ya habían conocido la violencia, aunque fue en Venezuela, donde vivieron más de una década como emigrantes. «Yo me marché a Caracas cuando tenía diecisiete años para no hacer la 'mill' y allí trabajé en una lavandería. Un día me acuchillaron para robarme la recaudación y la puñalada me afectó al pulmón y al hígado. Estuve muy mal», recuerda Aurelio. «A mí me atracaron tres veces, una de ellas con una pistola en el pecho. En cuanto pudimos nos volvimos a Ourense», añade Pacita. Con lo que había ahorrado en Venezuela abrió dos lavanderías en su tierra natal —las bautizamos Lavomat, el mismo nombre que tenía el negocio que teníamos en Caracas—. Lo que no imaginaban es que la violencia volvería a alcanzarles, esta vez, de la mano de uno de los atentados más crueles de la historia de ETA.

Ahora, mantener viva la memoria de su sobrino es uno de las misiones del matrimonio de jubilados. Hace años llegaron a ceder al Ayuntamiento de La Merca un monte de su propiedad, próximo a la aldea de Proente, para que allí se levantase un parque en memoria de Miguel Ángel Blanco. En los próximos días se inaugurará este monumento. «Es una escultura muy grande, blanca, de más de nueve metros de altura. Y lo que espero es que se vea desde todas las aldeas de la comarca. Que la gente mire al horizonte, la vea y recuerde».

En Faramontaos no es difícil salvar del olvido a Miguel Ángel Blanco. Muchos de los vecinos que aún acuden al pueblo juegan con él y recuerdan cómo se iban juntos a la discoteca de A Manchica o cruzaban la frontera en Viernes Santo para ir a comer bacalao a Portugal. «Mire, era el chaval más bueno que ha habido aquí en el pueblo», asegura Ramona Lorenzo Pardo, una de sus amigas de la infancia que le recuerda mientras pasea por los caminos de Faramontaos. «Tenía una bondad... No sé cómo decirlo. Si veía a algún anciano del pueblo lo dejaba todo para hablar con él y hacerle compañía un rato». «Muchos días pasó por el cementerio para ver su tumba y siempre le digo lo mismo: Miguel Ángel, no te merecías lo que te hicieron. Tú no tenías que estar aquí».

«Si no podéis secuestrarlo, le dais kaña y a por otro»

POR QUÉ ETA DECIDE MATAR A MIGUEL ÁNGEL

Órdenes de la cúpula. Una cadena de casualidades puso al concejal del PP en el punto de mira de la banda

FLORENCIO DOMINGUEZ

Director del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo



La orden de asesinar a miembros del Partido Popular ya estaba dada antes de producirse la liberación del funcionario de prisiones Ortega Lara, aunque se vinculara el asesinato de Miguel Ángel Blanco con la liberación, revistiéndola de un halo de venganza». Esta afirmación la realizó en un informe fechado en 2004 el entonces teniente coronel de la Guardia Civil Gonzalo González, que más tarde, con el grado de general, fue segundo jefe de la Jefatura de Información del instituto armado hasta su muerte en 2012.

El mando de la Guardia Civil se basaba para hacer esa afirmación, entre otros indicios, en una carta enviada por el entonces jefe del aparato militar de ETA, José Javier Arizkuren Ruiz, 'Kantauri', al 'comando Vizcaya' dando instrucciones para hacer con un concejal del PP lo mismo que se hizo poco después con Miguel Ángel Blanco. La misiva, manuscrita y firmada por 'Kantauri', no está fechada, pero los servicios policiales la sitúan en los primeros días de julio o a finales de junio de 1997.

El dirigente etarra ordenaba al 'comando Vizcaya' dejar de realizar atentados con daños materiales y centrarse en atacar a la Policía Nacional, a los militares y a la Guardia Civil, pero sobre todo les instaba a realizar «un esfuerzo enorme con los políticos». «Es muy importante darles a los políticos del PP -escribía-. Deciros que cualquier político del PP es objetivo (...). Otra cosa, poner toda la fuerza posible en levantar (secuestrar) a un concejal del PP dando un ultimátum de días para que los presos estén en Euskadi. En relación a este tema (secuestro) hacerlo lo antes posible, y si no podéis secuestrarlo o hay un problema en el intento, le dais kaña y a por otro».

Los análisis de los servicios de inteligencia de la época indicaban que ETA percibía la existencia de fisuras en el Pacto de Ajuria Enea



José Javier Arizkuren Ruiz, 'Kantauri'. EFE

y quería ampliar esas fisuras para provocar la ruptura entre el PP y el PSE-PSOE, por un lado, y el PNV, por otro, a fin de aislar a los dos partidos constitucionalistas. ETA transmitió consignas a su entorno político en el primer semestre de 1997 para que trabajaran en la misma dirección presionando al PNV y utilizando la cuestión de los presos para agudizar la división de los nacionalistas con socialistas y populares. A ello se añadía la estrategia de socialización del sufrimiento que la banda había comenzado a aplicar en 1995 con el asesinato de Gregorio Ordóñez al que seguiría más tarde el de Fernando Múgica.

La carta de 'Kantauri' es coherente con esta estrategia: no hay ninguna referencia a la liberación de José Antonio Ortega Lara, ocurrida el 1 de julio de 1997. La única motivación que se expone es la

LAS CLAVES

FRACTURA

ETA percibía fisuras en el Pacto de Ajuria Enea y buscaba la ruptura del PSOE, el PP y el PNV

de conseguir el traslado de los presos. ETA había iniciado en enero de 1996 una campaña de movilización y presión al Gobierno para conseguir el acercamiento de los terroristas encarcelados. Durante año y medio, el entorno político de la banda había protagonizado movilizaciones continuas en las calles mientras, desde las cárceles, los presos también habían llevado a cabo diversas actividades de protesta, incluidas huelgas de hambre rotatorias.

El papel de Ibon Muñio

Estas protestas se habían iniciado dos días antes del secuestro de Ortega Lara. A lo largo de todo ese tiempo, ETA ejerció la máxima amenaza con el secuestro de Ortega Lara, con tres atentados contra funcionarios de prisiones, otros cinco contra ediles del PP y uno más contra un militante del PSOE. Sin embargo, a mediados de 1997, las movilizaciones estaban agotadas e, incluso, los presos habían suspendido sus protestas. La banda necesitaba un golpe de efecto para devolver la moral a su base social y a sus militantes encarcelados, agotados después de un año y medio de activismo sin resultados.

CRONOLOGÍA DEL CRIMEN

11 DE JULIO / 23:00

Se inicia en Ermua una vigilia improvisada. Las plazas de toda España continúan repletas de gente.

12 DE JULIO / 12:00



La manifestación en Bilbao es la más multitudinaria de la historia de Euskadi. Más de 500.000 personas exigen la liberación del joven concejal.

12 DE JULIO / 15:40

Comienza el desenlace fatal. Los etarras introducen a Miguel Ángel en el maletero de un coche y lo conducen a un descampado en Lasarte (Gipuzkoa).

12 DE JULIO / 15:59

Las televisiones interrumpen su programación y guardan un minuto de silencio, con un lazo azul y el mensaje 'Miguel, te esperamos'. Aún se mantiene la esperanza.

12 DE JULIO / 16:00

Fin del ultimátum.



Es ese el contexto en el que la dirección de ETA imparte las órdenes a sus comandos para secuestrar a un edil del PP y dar un ultimátum: «Como ya os comentaba anteriormente, no hagáis sabotajes -indicaba 'Kantauri' en la misma carta-. Hacer acciones directas y sobre todo el tema de secuestró concejales (sic), dar a políticos del PP y los de la (lista) que os mandé y dar a las fuerzas de ocupación».

Cualquier político del PP servía a ETA, pero la elección de Miguel Ángel Blanco como víctima fue el resultado de una cadena de casualidades que se iniciaron dos años antes del asesinato. En 1995, Irantzu Gallastegi había huido de su domicilio para evitar su detención ya que la policía le buscaba por presunta colaboración con el 'comando Vizcaya'. En su huida conoció al ex-concejal de HB de Eibar Ibon Muñoa, que la escondió en su vivienda en la localidad armera. Un año más tarde, Gallastegi, integrada entonces en el 'comando Donosti' junto con Javier García Gaztelu, Txapote, y José Luis Geresta, 'Okier', recurrió a Muñoa para que les diera refugio en su casa.

Los miembros del 'comando Donosti' abandonaron su zona habitual de actuación, la capital guipuzcoana y su entorno, para eludir la presión policial que el comando sentía tras el asesinato de Fernando Múgica. Decidieron esconderse para ponerse a salvo fuera del área habitual en la que operaban y en la que tenían su infraestructura y recurrieron al conocido de Gallastegi en Eibar para que les ocultara.

A finales de junio, recibieron órdenes similares a las que 'Kantauri' había enviado al 'comando Vizcaya'. Y en ese momento entró en juego otro elemento de la cadena de casualidades: Ibon Muñoa conocía a Miguel Ángel Blanco porque el militante del PP trabajaba en la asesoría contable que llevaba las cuentas del negocio de la familia del exconcejal de HB. Ante la policía, Muñoa declaró que había informado al comando sobre Blanco, pero ante el juez solo reconoció que conocía al edil del PP y negó que hubiera pasado información a los etarras que se alojaban en su casa.

El 'comando Donosti' pudo entonces llevar a cabo las órdenes recibidas, cosa que no había podido hacer el Vizcaya, y secuestró primero y asesinó después al joven político del PP. La imagen social que ha quedado instalada en la sociedad tras el crimen era que ETA había dado respuesta contundente en diez días al éxito policial que supuso la liberación de Ortega Lara. De nada sirve que hubiera

leaving evidence, nota raudeles endo espone...
Bueno en principio poco a coincidir con...
Dinero (500.000 ph).

• Información
• Contadura del compañero que debíamos
• Vigilancia de una cobrera etc. Tenéis algunos que van
Bueno paso a comentar por temas algunos...
• Tema de identificación y tareas en el taller.

• Como podéis ver en estos momentos no podemos meter al terreno...
• Lo tenemos muy adelantado, en relación a la identificación vuestra y...
sobre todo el militante tiene que con como está, pero lo que es pido
en estos momentos duces para buenos by no hacer cambios y dar
la mejor de cada una para llevar esto adelante.

• Objetivos. La importancia de este momento es enorme, lo que
es pedimos es que las acciones que realicéis sean directas contra
los jueces de ocupación (Gendarm civil, militares, policía nacional) y en
relación a este tema (secuestro) hacerlo lo antes posible, y en
relación a este tema (secuestro) hacerlo lo antes posible, y en
relación a este tema (secuestro) hacerlo lo antes posible, y en

no podéis secuestrarlo o hay un problema en el intento, lo dais
hasta la semana a junio. De todas formas, intentar levantar a uno.

• En relación a la carta del militante que se propone para hacer
estas cosas más fuertes (tipo kamikaze). En primer lugar, decimos que de
esto, poco a comentar otras posibilidades. Un militante que este
disponga a recoger una serie de amigos voluntarios, etc... la posibilidad
por ejemplo de hacer una acción después de un entreno me sugiere:
Plenamente, de después de una acción y en el sitio donde se ha con
el concejal etc, con la ayuda de vosotros, secuestrar los habitantes de
una casa donde se vive la familia de los políticos que están en
el rifle o el G-5, tirar contra uno de los políticos que están en

seguir la línea que hemos comentado. Tenemos que ser lo importante es
de dar directamente a los políticos y el tema de los secuestró. Como
ya os comentaba anteriormente, no hagáis sabotajes etc. Hacer acciones
directas y sobre todo el tema de secuestró concejales, dar a políticos
de la lista PP y los de la lista que os mandé y dar a las fuerzas de ocupación.

• Ver la importancia de la cohesión y dar a los jueces...
todos los militantes que sabéis usar el esfuerzo necesario para
alcanzar en las objetivos que os comento. Es importante entre todos
tenemos que sacar esto adelante. Vamos a ganar.

Bueno adelante, mucha suerte, ¡yo ya so en la lista ante.

Jo ba ke Irabazi arte,
Darles kaña lo mas fuerte posible.

Jo ba ke Irabazi arte,
Darles kaña lo mas fuerte posible.

Jo ba ke Irabazi arte,
Darles kaña lo mas fuerte posible.

Jo ba ke Irabazi arte,
Darles kaña lo mas fuerte posible.

Jo ba ke Irabazi arte,
Darles kaña lo mas fuerte posible.

Jo ba ke Irabazi arte,
Darles kaña lo mas fuerte posible.

Jo ba ke Irabazi arte,
Darles kaña lo mas fuerte posible.

Jo ba ke Irabazi arte,
Darles kaña lo mas fuerte posible.

Jo ba ke Irabazi arte,
Darles kaña lo mas fuerte posible.

indicios de que las órdenes de hacer un secuestro de este tipo estaban dadas antes del 1 de julio.

Atajar la crisis

La respuesta de rechazo social sin precedentes habida tras el secuestro de Miguel Ángel Blanco provocó el desconcierto en las filas de la izquierda abertzale e incluso dimensiones internas como las protagonizadas por 'Txelis', que puso fin a cinco años de silencio, y con otros cinco presos elaboró un documento crítico con el asesinato

y con la continuidad del terrorismo. A lo largo de los meses de agosto y septiembre, se celebraron una sucesión de reuniones de miembros de la Coordinadora Abertzale Sozialista (KAS) con los responsables del aparato político de ETA, encabezado entonces por 'Mikel Antza', para elaborar una respuesta que les permitiera atajar la crisis.

Las consignas para calmar a la militancia de la izquierda abertzale trataban de inculcar la idea

de que el Estado, que había pasado del éxito de la liberación de Ortega Lara al fracaso del asesinato del concejal de Ermua, estaba intentando hacer una manipulación sentimental de la sociedad.

Los comisarios políticos de la izquierda abertzale vendían entre sus bases la idea de que el globo del rechazo social se desinflaría, igual que había pasado después del asesinato de Gregorio Ordóñez.

EXTRACTOS DE LA CARTA REMITIDA POR JOSÉ JAVIER ARIZKUREN RUIZ, 'KANTOURI', A LOS COMANDOS

«Es importante darle a los políticos del PP. Deciros que cualquier político del PP es objetivo. Repetimos lo importante de estas acciones. Otra cosa, poner toda la fuerza posible en levantar a un concejal del PP. Dando un ultimátum de días para que los presos estén en Euskadi. En relación a este tema (secuestro), hacerlo lo antes posible y si no podéis secuestrarlo o hay un problema en el intento, le dais kaña y a por otro. De todas formas, intentar levantar a uno. Esto lo vamos a ganar»

«Tenemos que ver lo importante de dar directamente a los políticos y el tema de los secuestró. Como ya os comentaba anteriormente, no hagáis sabotajes, etc... Hacer acciones directas y sobre todo el tema del secuestro (de) concejales, dar a políticos del PP y los de la lista que os mandé»

«Jo ta ke Irabazi arte. Darles kaña lo más fuerte posible»

Insistían en que se trataba de un salto cualitativo de ETA y que hacía falta tiempo para asimilarlo. Al parecer, el propio 'Txapote', tras el crimen, comentó a un colaborador que había que esperar un año para que se vieran los resultados de aquel crimen. Y no andaba desencaminado porque la movilización de Ermua asustó también al PNV que interpretó, erróneamente, lo que era un rechazo masivo al terrorismo de ETA como un rechazo al nacionalismo en general.

Pocos meses después el PNV abría vías de comunicación con HB y en el verano del año siguiente el partido que lideraba entonces Xabier Arzalluz y Eusko Alkartasuna firmaron un acuerdo secreto con ETA que abrió el camino al Pacto de Estella y con él se inició una etapa de radicalización y confrontación política y social.

CRONOLOGÍA
DEL CRIMEN

12 DE JULIO / 16:10

El vehículo con Miguel Ángel y sus secuestradores -los etarras 'Amaia', 'Oket' y 'Txapote'- llega a un descampado en Lasarte. Bajan al concejal y le obligan a caminar 20 metros por una senda. Lleva las manos atadas por un cable en la parte delantera del cuerpo. 'Oket' le sujeta mientras 'Txapote' saca su pistola de pequeño calibre con silenciador y descerraja dos tiros contra Blanco.

12 DE JULIO / 16:40



Una pareja que pasea a sus perros encuentra su cuerpo. Le trasladan al Hospital Nuestra Señora de Aránzazu, a donde llega prácticamente muerto. Entra en coma profundo.

12 DE JULIO / 17:00

«Nos han confirmado que Miguel Ángel ha sido asesinado». El anuncio del alcalde de Ermua, Carlos Totorika, desata la rabia y la indignación.



«Al año siguiente fuimos al lugar donde apareció Miguel y aún había flores. No hicimos más que llorar, llorar...»

LA ENTREVISTA

Marimar Blanco
Hermana de Miguel Ángel Blanco

A. GONZÁLEZ
EGAÑA

Marimar Blanco comparte por primera vez su recuerdo del momento en que visitó con su madre el enclave de Lasarte-Oria donde fue hallado herido de muerte su hermano Miguel Ángel Blanco. «Fuimos porque mi madre quería ir. Saqué fuerzas y le acompañé. Una única vez. Fue un momento muy doloroso para nosotros. Todavía había flores...», relata. Cuando se cumplen 25 años del secuestro y asesinato a manos de ETA del concejal del PP de Ermua, su hermana evoca que a pesar del tiempo transcurrido «no hay un solo día que no piense en mi hermano y en el daño que me han hecho arrebatándome a una persona tan importante y tan necesaria en mi vida».

— ¿El regreso a Ermua en el 25 aniversario ha sido especialmente duro?

— Sí, porque siempre regresaba sabiendo que no estaba mi hermano, pero ahora lo he hecho sabiendo que no están ni él ni mis padres. Fallecieron en 2020 con quince días de diferencia, fue un golpe muy duro que me hizo afrontar los tres duelos, porque desgraciadamente el de mi hermano no lo pude pasar entonces. No me podía permitir ese lujo, tenía que sacar a mis padres adelante. En ese momento, no podía ser hermana de, ni hija de, sino madre de mis padres.

— Esas calles guardan demasiados recuerdos de su vida con Miguel Ángel y con sus padres, pero también de los más dolorosos que uno pueda imaginar.

— No fue el lugar donde perdí a mi hermano, pero fue donde dejé de tenerle por culpa de los terroristas sanguinarios de ETA. Pasear por esas calles es revivir momentos dolorosos, pero también de mucho cariño, de solidaridad, de muchísima comprensión y cercanía, que fue lo que viví en aquellas 48 horas del pueblo de Ermua. Jamás me cansaré de dar-

les las gracias a todos y cada uno de los vecinos. Jamás olvidaré el homenaje constante que se hizo a mi hermano.

— Por muchos años que pasen, el dolor sigue ahí.

— Es para toda la vida. Cuando alguien que no me conoce y me pregunta si tengo hermanos, siempre digo que sí. Para mí, mi hermano siempre estará conmigo.

— ¿Cómo era Miguel Ángel? ¿Ejercía de hermano mayor?

— Era hermano mayor, protector, cercano, hermano de compras, de confesiones... Lo que no se podía decir a la ama se lo decía al hermano. Y era sobre todo maestro. Porque siempre me enseñó a no agachar la cabeza y a trabajar por la senda de los valores democráticos. Era un amante de la libertad, del respeto y de la convivencia.

— ¿Le llamaba de alguna manera especial?

— Cuando le tenía que decir a mi madre algo sobre mí, me llamaba 'la niña'. Era algo que no me gustaba nada... (ríe). Sí, sí. Siempre decía: 'Ama, la niña...'. Y a mí

esa frase... 'Que no me llamo la niña', le decía yo. Me acuerdo que me decía: 'Tendrás no sé cuántos años y te seguiré llamando la niña».

— ¿Compartían aficiones?

— Le encantaba ir a la playa, al cine y era un amante de la lectura. Devoraba libros. Tengo todavía en Vitoria cajas y cajas de libros de mi hermano. Pero desde niño lo que más le gustaba era la batería. Cuando mis padres todavía no le habían podido comprar una se montaba su batería con sus cazuelas y sus cosas...

— La política también era su pasión, pero a su madre no le seducía tanto. De hecho, le llegó a decir «no te metas en eso de la política que te va a traer lios...».

— Llevábamos muchísimos años con atentados terroristas, con imprecisiones, coacciones, amenazas... Y con ese sexto sentido que caracteriza a las madres, ella tenía miedo por su hijo. Pero mi hermano siempre le dijo: 'Pero ama, a mí, en Ermua, que no me conoce nadie... No soy nadie en política, ¿cómo van a venir a por mí?'.

— ¿Ha podido escuchar la intervención de Miguel Ángel en un pleno en 1996 en una grabación difundida recientemente?

— Empecé, pero no pude terminarla. Me cuesta todavía.

— ¿Recuerdas su voz?

— Perfectamente. Pero más que la voz recuerdo su sonrisa. Tenía una risa preciosa. Recuerdo sus gestos, su cara cuando sonreía, su cara cuando se enfadaba... Es que le tengo tan presente... Es que yo me acuerdo todos los días de mi hermano... No hay ni un solo día que no piense en mi hermano y que no piense en el daño que me han hecho arrebatándome a una persona tan importante y tan necesaria en mi vida. Es que no hay ni un solo día que pueda olvidarlo. ¿Cómo nos pueden pedir a las víctimas del terrorismo que pasemos página...?

48 HORAS DE SECUESTRO

«Sé que le dijeron desde el principio cuál iba a ser su final para provocarle aún mayor sufrimiento»

CARA A CARA EN EL JUICIO

«Nunca olvidaré la imagen de las manos de 'Txapote', las que le sujetaron la nuca para asesinarle»

Los dos ejecutores que añoran la vuelta de ETA

LOS ASESINOS

'Txapote' y 'Amaya'. La pareja de terroristas se ha mostrado crítica en la cárcel con la izquierda abertzale

TEXTOS: OSCAR BELTRÁN DE OTÁLORA

Miguel Ángel Blanco fue asesinado por tres personas: Javier García Gaztelu, 'Txapote', Irantzu Gallastegi, 'Amaya' y José Luis Geresta Mujika, 'Ttoto'. 'Txapote' disparó al joven mientras 'Ttoto' le sujetaba y 'Amaya' esperaba en un coche. Un cuarto de siglo después, la historia de estos terroristas es el reflejo de la derrota del terrorismo y de quienes lo practicaron. 'Ttoto' se suicidó el 20 de marzo de 1999 tras un extraño delirio en el que parecía confundir la realidad con sus fantasías. Sus dos compañeros cumplen condena en la cárcel, sin mostrar ningún arrepentimiento y critican en privado la decisión de ETA de desaparecer, pero sin tener valor para mostrar en público su disidencia. «La izquierda abertzale hace lo mismo que criticábamos del PNV: actúa como un rebaño», se quejaban hace cinco años, cuando esperaban una reacción contra la cúpula de Sorutu que no se produjo.

La carrera terrorista de ambos presos es un paradigma de unos miembros de ETA que consiguieron ascender en la organización gracias a que estaban dispuestos a aplicar la máxima violencia sin ningún tipo de escrúpulo.

El asesinato de Miguel Ángel Blanco les catapultó en la banda pero su recorrido fue muy breve porque ETA ya estaba atrapada en un círculo vicioso de debilidad y solo era capaz de emprender autodestructivas huidas hacia adelante. Y la disolución de ETA se convirtió en un movimiento que les aplastó porque pensaban que iban a ser los líderes de la liberación pero acabaron siendo unos presos amargados a los que nadie tiene en cuenta. Es significativo que el último mensaje que se conoce de 'Amaya' sea una carta a Etxerat, la asociación de apoyo a presos de la banda,

en la que pide a los dirigentes de ese colectivo que dejen de contactar con ella o con su familia y les reprocha «las formas y la línea política de actuación mostrada».

Detenido en la playa

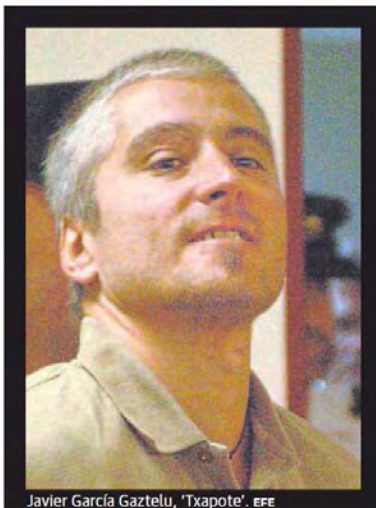
'Txapote', de 56 años, fue detenido en un elegante chiringuito de la playa de Anglet, en el País Vasco francés el 22 de febrero de 2001. En ese momento era el responsable militar de ETA y toda su reflexión se resumía en una frase: «Golpear hasta que el Estado se ponga de rodillas». En el bar donde se le arrestó intentó

destruir una agenda que contenía los nombres de una veintena de comandos que él mismo había creado para cumplir su sueño. Había buscado a jóvenes con su historial: de la kale borroka al terrorismo. De los 'cócteles molotov' a las pistolas. Porque esa es toda su historia. En 1984 fue detenido por primera vez por su relación con la violencia callejera pero su abogada, Jone Goizelaia, alcanzó un pacto con la Fiscalía para que no entrase en prisión.

En 1994 estaba enrolado en el 'comando Donosti' y fue el ariete de la denominada 'doctrina Ol-

darzen', con la que ETA pretendía «socializar el sufrimiento» para que le acabaran dando la razón por la acumulación de horror. El estuvo detrás de los asesinatos de cargos políticos como Gregorio Ordóñez, José Luis Caso o Manuel Zamarreño, del PP, y del histórico socialista Fernando Múgica, crímenes por los que está condenado a más de 300 años de cárcel. En 1998, durante la tregua de Lizarrta, huyó a Francia y allí ascendió a la cúpula de ETA.

Su compañera, con la que tiene dos hijos concebidos en prisión, es Irantzu Gallastegi. Su historial terrorista no es tan amplio como el de su pareja pero cuenta con un 'pedigree' del que él carece. Su abuelo fue Eli Gallastegi, un líder nacionalista radical de comienzos del siglo XX que, dentro del PNV, rechazaba cualquier acuerdo con el Gobierno español. Su tío, Iker Gallastegi, fue condenado en 2006 por afirmar en un documental sobre Miguel Ángel Blanco que quienes mataron al joven lo hicieron «porque es un deber patriótico». «No tienen que pedir perdón por nada». Ella fue detenida en 1999 en un hotel de París, cuando participa-



Javier García Gaztelu, 'Txapote'. EFE



Irantzu Gallastegi, 'Amaya'. AFP



José Luis Geresta Mujika, 'Ttoto'. EFE

De colaborador a poeta reconocido

EL COLABORADOR

**Edil de HB.
Ibon Muñoa cumplió
20 años por ayudar a
matar a Blanco**

El secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco fue posible gracias a que Ibon Muñoa, un edil de HB de Eibar, ayudó al 'comando Donosti' a cometer el crimen. Este concejal, que prestó su casa y su coche a los asesinos, cumplió veinte años de cárcel por su colaboración en el crimen y, tras salir de prisión hace dos años, ahora es agasaja-

do como poeta con entrevistas en la Feria del Libro de Durango, le prologan sus obras reputadas figuras del bertsolarismo y recibe invitaciones para disertar en actos públicos.

Ibon Muñoa nació en 1958 en Eibar, donde llegó a ser concejal de HB al tiempo que regentaba una tienda de repuestos de su familia en el barrio Ardanza de la

localidad. En 1995, Muñoa comenzó a colaborar con ETA cuando se lo pidió el exparlamentario de su mismo partido Mikel Zubimendi y en poco tiempo se convirtió en una pieza clave del 'comando Donosti' que formaban Francisco Javier García Gaztelu 'Txapote' e Irantzu Gallastegi Varela, 'Amaya'. Los dos asesinos utilizaban su piso para alojarse

y el concejal de la izquierda abertzale les facilitaba información y matriculas falsas.

Miguel Ángel Blanco trabajaba entonces en la empresa de Eibar 'Eman Consulting', situada a apenas 150 metros del establecimiento en el que Muñoa tenía su tienda de repuestos.

Apeadero de Eibar

El 10 de julio Miguel Ángel Blanco viajó en tren desde Ermua a Eibar y los etarras que se ocultaban en casa de Muñoa le secues-

El testigo que calla desde hace 25 años

EL TESTIGO

Fuga del comando. Una persona vio a los terroristas tras el crimen, según un etarra, pero ha guardado silencio desde entonces

Un cuarto de siglo después del asesinato de Miguel Ángel Blanco persisten algunas incógnitas sobre el crimen que el paso del tiempo parece no poder resolver. La más conocida se refiere al lugar en el que el 'comando Donosti' retuvo al concejal del PP mientras que la menos divulgada es quién fue el testigo que presenció la fuga de los asesinos y ha guardado silencio durante 25 años.

La existencia de este testigo misterioso aparece en la sentencia por la que los asesinos de Blanco, Francisco Javier García Gaztelu, 'Txapote' e Irantzu Gallastegi, 'Amaya', fueron condenados a 50 años de prisión cada uno. En el texto se cita al miembro de ETA Gregorio Escudero, uno de los hombres de confianza de 'Txapote' y al que su jefe hizo confidencias sobre el crimen. Según este etarra, detenido en 2002, García Gaztelu le contó que, tras matar a Blanco, «durante la huida fueron vistos por un hombre».

Este desconocido, sin embargo, jamás declaró, ni ante el juez, ni ante las fuerzas policiales. Para 'Txapote', su existencia parece ser lo suficientemente importante como para confiárselo a su subordinado, algo que tiene sentido puesto que su testimonio hubiese permitido obtener a las pocas horas del crimen alguna información sobre los asesinos, su vehículo o su ruta de escape. Pero el testigo guardó silencio.

Esta actitud de un testigo apunta a uno de los grandes problemas de la lucha antiterrorista en España: la falta de colaboración ciudadana. En un reciente informe del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo remitido a los

parlamentarios europeos que estudiaron la situación creada por los crímenes de ETA sin resolver, abunda en esta cuestión. Según este documento, ETA impuso «la ley del silencio, el nadie ha visto nada, privando a los encargados de las investigaciones de informaciones clave para averiguar la autoría de los asesinatos».

Un local seguro

El testigo de la huida de los asesinos de Blanco guardó silencio, pero también los asesinos y sus cómplices sobre el zulo en el que secuestraron al edil popular. La información que rodea a la ubicación de este lugar es fragmentaria e inexacta. En la sentencia se recuerda que el concejal de HB en Eibar Ibon Muñoa, el colaborador directo en el secuestro de Miguel Ángel, ofreció a los terroristas un piso que sus padres tenían en Zarautz para que escondieran allí al concejal. Pero 'Txapote', tras examinar la vivienda, la descartó. El asesino también le pidió a Gregorio Escudero, que buscaba una bodega entre Orio, Lasarte y San Sebastián para llevar a cabo «un atentado muy sonado». Sin embargo, luego le dijo que se olvidase puesto que ya tenían un local seguro.

En algún momento se ha especulado sobre la posibilidad de que los terroristas utilizaban un local de Añorga pero este extremo nunca ha podido ser probado. ¿Qué oculta este silencio? Quizás, el hecho de que un colaborador desconocido sí consiguió el local que necesitaba el comando. Callar en esta cuestión —García Gaztelu se negó a declarar en el juicio— puede proteger a ese colaborador que facilitó el zulo y que años después sigue impune.

CRONOLOGÍA DEL CRIMEN

12 DE JULIO / 18:00

Reacciones políticas. Gobierno de España: «ETA ha procedido a la más cruel, brutal y bárbara de las venganzas». Lehendakari Ardanza: «La sangre de Miguel Ángel pesará sobre su conciencia. HB no tiene legitimidad para ponerse como víctima de nada».

12 DE JULIO / 19:00

Al dolor le sigue la indignación. El alcalde de Ermua evita el incendio de la sede de Batasuna cuando unos manifestantes furiosos se concentran en la puerta. «No les protegáis, que luego os matarán», le gritan a los agentes que custodian la sede abertzale.

13 DE JULIO / 04:30

Miguel Ángel Blanco fallece tras pasar varias horas en «coma neurológico profundo».

13 DE JULIO / 17:45

Sus restos mortales llegan a Ermua. El pueblo arropa a la familia.



ba, con otros miembros de ETA como el exparlamentario Mikel Zubimendi, en la compra del material sobrante del IRA, el grupo terrorista norirlandés que ya había firmado la paz con el Gobierno británico y quería hacer caja con sus arsenales.

En una conversación que ambos mantienen en prisión, se lamentan del fin de ETA y esperan que «con el tiempo» surja un movimiento parecido para ocupar «el vacío» dejado por la banda. Su rencor aumentó en 2016, cuando la dirección de Sortu anunció que dejaba de reclamar la amnistía y proponía a los internos que buscasen salidas individuales. En sus comunicaciones consideraban que se estaban deslegitimando la violencia y fantaseaban sobre cuál debía ser la respuesta del pueblo catalán en caso de que los militares «ocupasen» Cataluña. Su megalomanía, además, le ha llevado a quejarse de que se preste demasiada atención a los 'ocho de Alsasua', los jóvenes que fueron condenados por golpear en un bar a una pareja de guardias civiles y a sus parejas. «Parece que ahora todo es Alsasua», se lamenta.

El tercer terrorista que intervino en el asesinato de Blanco es José Luis Geresta Mujika, 'Totto'. Su historial terrorista es muy breve. En 1996 se incorporó al 'comando Donosti' y tres años más tarde se suicidó de un disparo en la sien en Rentería. Estaba obsesionado con que le habían colocado un micrófono en las muelas, algo física y tecnológicamente imposible y que solo puede darse en las películas de ciencia ficción. Él intentó arrancarse los dientes en vida y, tras la autopsia, un desconocido serró las muelas en las que Geresta sospechaba que había un micrófono en la propia. La izquierda abertzale llegó a pedir información discreta a la Ertzaintza sobre si era posible la colocación de un dispositivo de ese tipo en la dentadura de una persona. Los agentes les explicaron que si alguien le hubiera colocado en la boca un micrófono, con su batería y su cableado, no habría podido cerrarla.

traron junto al apeadero. El día anterior habían intentado capturarle pero el joven había viajado en el coche de su padre y no le localizaron. Al día siguiente no tuvieron problemas en secuestrarle y poner en marcha la maestra cuenta atrás que terminaría en el asesinato del joven dos días más tarde.

Ibon Muñoa fue detenido en octubre de 2000 después de una larga investigación que se había centrado en los rastros que las matriculas que fabricó para el

'comando Donosti' habían dejado en distintos atentados. Ingresó en prisión, fue condenado a 33 años de cárcel, y en octubre de 2020 quedó en libertad, tras haber cumplido 20 años de condena.

El colaborador de la banda había comenzado a escribir libros de poesía en prisión. Sus rimas fueron recogidas en seis tomos que fueron publicadas por la editorial Ataramiñe, un sello creado por antiguos miembros de la banda y que se dedica a publicar



Ibon Muñoa. EFE

obras literarias de antiguos etarras. En Ataramiñe publica, entre otros, el que fuera jefe de ETA Mikel Albizu, 'Mikel Antza'. El dirigente terrorista firma con el alias que ya utilizó en su incipiente carrera literaria en los 80 y que mantuvo como nombre de guerra mientras estuvo al frente de la banda.

En cuanto salió de prisión, Muñoa presentó el que hasta ahora es su último libro 'Gure Ama-lur feminista da' —Nuestra madre tierra es feminista— que está prolo-

gado por el histórico del bertso-larismo Xabier Amuriza. El texto fue presentado en la Feria de Durango así como otras localidades vascas, apoyado por poetas locales. En algunos de sus versos, por ejemplo, Muñoa se lamenta de que Obama hubiese celebrado la muerte de Bin Laden. En su prólogo al último libro, Amuriza destaca un poema de Muñoa en el que el colaborador de ETA se lamenta de no haber tenido «el coraje» de compaginar su vida con la «militancia».

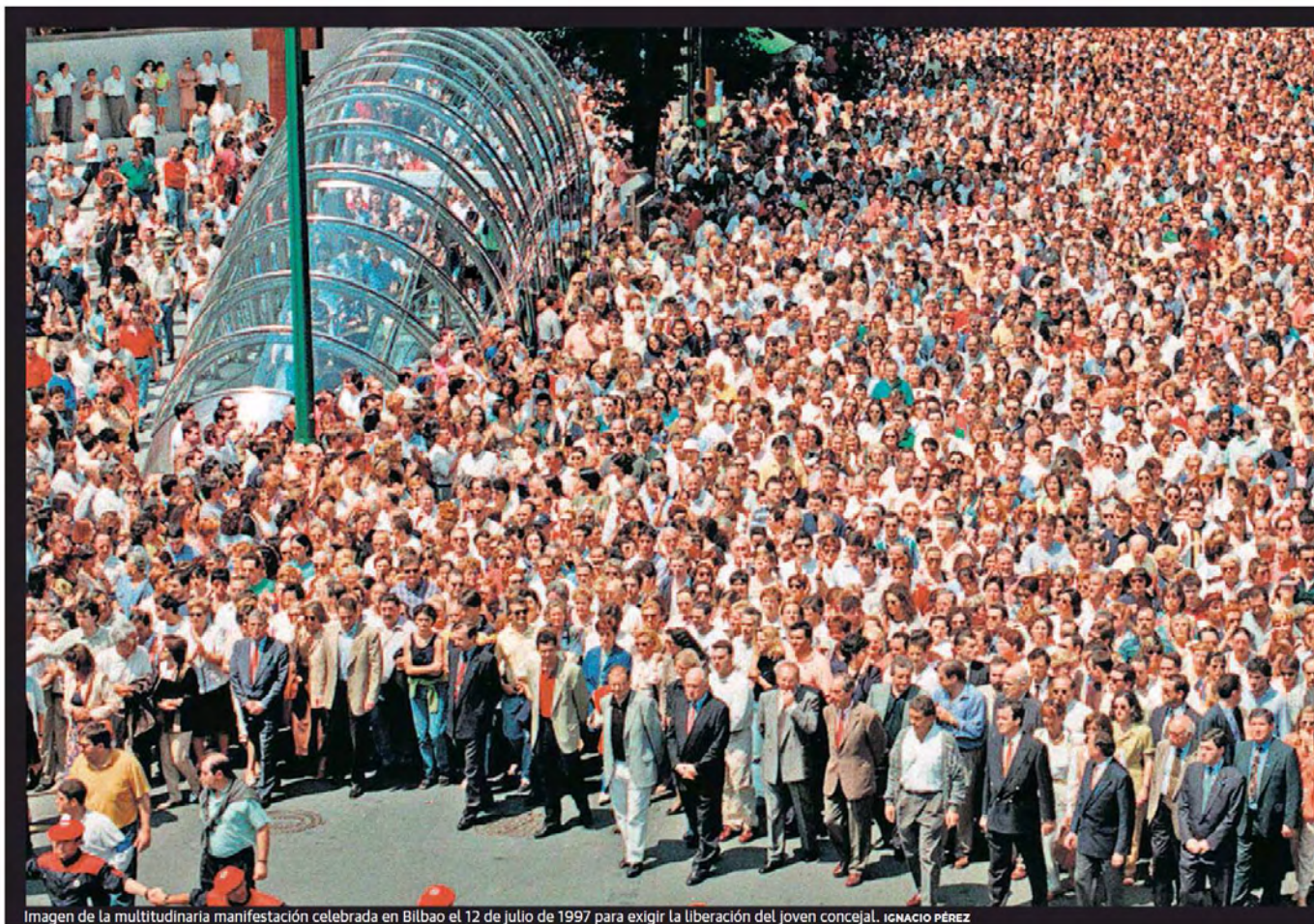


Imagen de la multitudinaria manifestación celebrada en Bilbao el 12 de julio de 1997 para exigir la liberación del joven concejal. IGNACIO PÉREZ

Nunca había sucedido algo así. En dos días salieron a la calle cerca de seis millones de personas en 1.500 manifestaciones por todo el país. Lo hicieron por su cuenta, de forma desorganizada, en una época en la que aún no existía whatsapp ni redes sociales. Fue una marea humana que primero exigió a ETA la liberación de Miguel Ángel Blanco y después lloró su asesinato, que pasó de una vaga esperanza a una rotunda desesperación. Millones de ciudadanos alzaron sus manos y mostraron su nuca a los terroristas mientras gritaban 'ETA no, vascos sí'. Fueron dos días de una ebullición que se apagó tan rápidamente como había comenzado.

«Todo ocurrió en tiempo real. No dio tiempo a planificar nada, todos estaban dispuestos a acudir a donde fuera», recuerda Isabel Urquijo, una de las cabezas visibles de Gesto por la Paz, la coordinadora que desde hacía años se concentraba silenciosamente en numerosas localidades vascas para reclamar el fin del terrorismo. Fueron aquellas movilizaciones las que crearon el poso para que fuera posible una reac-

La gota que desbordó el vaso

MOVILIZACIONES

Reacción social. Una marea humana reclamó en la calle la libertad de Blanco. Su esperanza se transformó en indignación

JAVIER GUILLENEA



ción como la que se produjo con el secuestro de Blanco. Porque aquellos «días de locura» no surgieron de la nada.

La socióloga María Jesús Funes, autora del libro 'La salida del silencio', en el que analiza la evolución de las movilizaciones por la paz en Euskadi, está convencida de que la explosión social por el secuestro de Blanco «no se habría producido si no se hubiera dado en los años anteriores en el País Vasco un proceso de sensibilización y de respuesta ante la violencia». «La propia sociedad vasca ya había generado unas redes de movilización que llegaron a impregnar la vida cotidiana de un porcentaje muy importante de las personas que vivían en Euskadi. Estos grupos estaban mandando el mensaje de que los vascos no querían el terrorismo, que eran otra cosa, y esto permitió una solidaridad a nivel estatal que no se había producido antes», explica.

Eran días de concentraciones de Gesto y contramanifestaciones del entorno radical, que veía cómo poco a poco iba perdiendo la calle y reaccionó de forma violenta para recuperar el terre-

no perdido. «Había insultos, apedreamientos y escupitajos a pacifistas», recuerda el historiador de la Universidad del País Vasco Fernando Molina, que participaba habitualmente en los actos de Gesto. A la tensión en las calles se le unió la fecha del secuestro del concejal de Ermua, nueve días después de la liberación de José Antonio Ortega Lara y Cosme Delclaux. «El vaso ya estaba lleno y lo de Blanco fue la gota que lo desbordó», afirma Funes.

El mayor error

«Fue como si nos hubieran escupido a la cara», dice Urquijo. La noticia del secuestro fue acogida el 10 de julio con una gran manifestación en Ermua. Al día siguiente España amaneció cubierta con lazos azules y se multiplicaron las concentraciones. Muchas personas estaban convencidas de que las movilizaciones sociales llevarían a ETA a no cumplir su ultimátum y dejar en libertad a su víctima. Una de ellas fue la propia Urquijo. «Me pareció que todo Euskadi estaba pidiendo la libertad de Blanco y que ante eso ETA no podría matarlo, pero me equivoqué».



La exintegrante de Gesto quiere dejar claro que «el mayor error de ETA fue haber existido». A partir de ahí, sostiene que el secuestro y asesinato de Blanco «fue la más errónea decisión que podían haber tomado». Eligieron como víctima a un concejal desconocido y, además, el plazo que dieron, 48 horas, «se convirtió en una bomba de relojería contra la propia organización armada», según Funes. Fue un plazo ni muy corto ni muy largo, lo justo para que se movilizara una sociedad que estaba viendo por televisión lo que ocurría.

El 12 de julio, horas antes de que se cumpliera el plazo dado por los terroristas, las manifestaciones se sucedieron por las principales ciudades españolas. En Bilbao salieron a la calle centenares de miles de personas. Muchas de ellas no se habían movilizadas nunca. Y muchos eran jóvenes. «Yo hablo de un fenómeno de catálisis, en el que la introducción de una nueva sustancia modifica la velocidad de la reacción química al actuar sobre los ingredientes ya existentes», sostiene Funes. El secuestro permitió que la reacción social se acelerara. Y el asesinato causó la explosión.

La noche del 12 de julio, cuando se supo que el cuerpo casi sin vida de Blanco había sido encontrado, se produjo la gran transformación. «Esos días el miedo cambió de bando. Por primera vez veíamos sintiendo miedo a los que salían en las contramanifestaciones insultándonos y amenazándonos y eso, en mis recuerdos, produce un cierto placer», reconoce Molina. «De repente a los de Jarral los veías casi con polos de Lacoste. Les habías tenido años enfrente insultándote y ahora parecían colegiales de Jesuitas», añade Urquijo.

«Desde los balcones»

Los radicales comprobaron que no eran mayoría. La movilización les había sobrepasado. Que esto sucediera sin internet «fue increíble», admite el historiador. «Después de las concentraciones se convocaba una manifestación con gritos que se reproducían desde los balcones. Como todos éramos

«Fueron manifestaciones improvisadas, era pura indignación, un sentimiento de hartazgo»

vecinos, todos sabíamos dónde quedar. Yo me encontré con un montón de conocidos, con el de la tienda de ropa de enfrente, con el de la tienda de chuches... y eso te daba mucha fuerza porque te reconocías en los demás. Estabas con tu gente y luego también reconocías a los que nos habían estado fastidiando durante años. Fueron manifestaciones improvisadas, era pura indignación, un sentimiento de hartazgo».

Hubo episodios violentos, como el ataque a la herriko taberna de Ermua, pero fueron incidentes aislados. «Si hubiera sido algo organizado podría haber habido más violencia, pero no hubo nada», asegura Urquijo. Las movilizaciones no tenían líder, nadie las encabezaba. Era una masa que protestaba por el asesinato «del hijo de un albañil gallego». «Fue algo espontáneo –dice Molina–. No había un canal que estabilizara ese movimiento, de ahí que luego se desactivara rápidamente». El 14 de julio acudieron más de 600 personas a la concentración de Gesto en el Arenal de Bilbao. El 6 de septiembre, cuando ETA mató al policía Daniel Villar, fueron 80. La indignación había vuelto a su cauce.

CRONOLOGÍA DEL CRIMEN

14 DE JULIO / 11:30

Amigos y familiares portan el féretro hasta la parroquia de Santiago Apóstol de Ermua, donde se celebra el funeral. El pueblo se vuelca con los padres y la hermana del edil, así como con su novia, Marimar, con quien Miguel Ángel tenía planes de boda tras siete años de noviazgo. A la despedida del edil acuden el entonces príncipe Felipe, así como los expresidentes Adolfo Suárez, Leopoldo Calvo Sotelo y Felipe González.



14 DE JULIO / 20:00

Se celebran manifestaciones en toda España para gritar «Basta ya» a ETA. En Madrid tiene lugar la concentración más multitudinaria hasta ese momento, con más de un millón y medio de personas. En las angustiosas 48 horas de plazo dadas por ETA se movilizaron más de cinco millones de personas pidiendo la libertad de Blanco y se organizaron más de 1.500 actos en su apoyo, la mayoría improvisados. Ha nacido el 'espíritu de Ermua'.



Una frágil unidad política que dio paso a la fractura

CONSENSOS ROTOS

Quiebra. El clima de firmeza contra ETA se evaporó por el vértigo del PNV a perder pie: un año después llegó Lizarra

OLATZ BARRIUSO



Recuerdan los testigos de aquella época convulsa cómo, en unas de las últimas reuniones de la Mesa de Ajuria Enea, meses después del secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco, Xabier Arzalluz dio por roto el pacto que había sustentado la unidad de los partidos democráticos vascos frente a ETA. El entonces líder del EBB aclaró a sus interlocutores, entre ellos Nicolás Redondo, que acababa de tomar las riendas del PSE, y el popular Carlos Iturza, que el PNV «se sentía libre» para tomar, a partir de entonces, el camino que creyese más adecuado. La advertencia fue premonitoria: la política vasca estaba a punto de adentrarse en unos años oscuros que acabarían provocando una fractura social entre dos bloques antagónicos —el nacionalismo y el constitucionalismo— de la que a Euskadi le costaría tiempo sobreponerse.

Pero, ¿qué sucedió entre el fatídico 10 de julio de 1997 y el 12 de septiembre del año siguiente, en el que PNV, EA, IU y HB estamparon su firma en el Pacto de Lizarra? ¿Cómo se pasó de la firmeza frente al chantaje etarra a un acuerdo, en parte secreto entonces, que pretendía excluir a los no abertzales de la construcción del país? Aunque las explicaciones, un cuarto de siglo después, difieren en función de a quién se pregunte, hay pocas dudas de que la unidad política se resquebrajó porque las grietas ya estaban ahí antes de que el joven concejal de Ermua se convirtiera, involuntariamente, en mártir de la democracia. Su sacrificio y la conmoción social que provocó sólo congelaron momentáneamente la división que ya venía larvándose desde, como mínimo, dos años antes.

ELA y LAB ya forjaban entre bambalinas la llamada unidad de acción soberanista, una corriente de pensamiento en la que los sindicatos abertzales se situaron siempre a la vanguardia y que repudiaba la transversalidad al considerar que ejercía de freno al ejer-

cicio del derecho de autodeterminación. Las fuerzas nacionalistas no le eran ajenas: el PNV y Eusko Alkartasuna aprovecharon la conferencia de paz organizada por Elkarrri, capitaneada entonces por Jonan Fernández, en el hotel Carlton de Bilbao para exteriorizar las diferencias de criterio que empezaban a convertir en papel mojado el Pacto de Ajuria Enea. Corría el mes de marzo de 1995. Los dos partidos abertzales habían dado ya un paso de difícil vuelta atrás al asumir el cariz «político» del «conflicto».

Es decir, se había interiorizado, en cierta manera, que la paz tenía un precio, aunque nadie pensara en pagarlo cuando ETA se cruzó a Blanco. De la investigación policial y judicial posterior se desprende que el propio 'Txapote', asesino del edil de Ermua, ante las dudas de la organización terrorista sobre el posible efecto bumerán del secuestro y asesinato para sus intereses, aconsejó «esperar un año». Efectivamente, los cimientos de la terrible fractura social que vivió Euskadi a fi-

nales de los noventa y primeros 2000 se habían colocado y la cruel agonia de Blanco solo los escondió de manera transitoria. La gigantesca movilización social tapó durante algunos meses todo lo demás. Al lehendakari Ardanza fueron a aplaudirle al vitoriano paseo de La Senda. Era tiempo de manos blancas, de dignidad.

Pero algo empezaba a moverse tras las fotografías de unidad. Ardanza elaboró su propuesta para intentar salvar Ajuria Enea, un conato de final dialogado de la violencia que solo incluiría a Herri Batasuna si mediaba una tregua indefinida de ETA. Lo que se conocería después como 'plan Ardanza' fue en realidad una excusa para romper lo que ya estaba roto. Antes de que Arzalluz le hiciera saber a Redondo que el PNV

En octubre de 1997, ELA proclamó en un acto de gran simbolismo en Gernika la «defunción» del Estatuto

Aquellos fatídicos días de julio

TONIA ETXARRI



Hace 25 años, aquellos dos días de julio han permanecido grabados a fuego en nuestra memoria. El impacto que nos produjo el cruel asesinato del joven concejal popular de Ermua Miguel Ángel Blanco tuvo doble carga porque se trató de la pasión y muerte retransmitida de un inocente, como lo describió el jesuita Alfredo Tamayo. Con esa macabra cuenta atrás mar-

cada por el reloj de ETA. Fue su respuesta a la liberación del funcionario Ortega Lara a quien las Fuerzas de Seguridad del Estado habían localizado en un zulo donde permanecía aislado desde hacía 532 días, condenado a morir por inanición. ETA buscaba venganza. Pero con la captura y el asesinato a sangre fría de Miguel Ángel, no calculó que la mayoría silenciosa, esta vez, saldría a las ca-

llas para participar en una catarsis colectiva. Antes de Miguel Ángel Blanco, ya había asesinado a 786 inocentes; después fulminó a otros 67. Pero aquel crimen provocó una movilización social sin precedentes. Se lloró en las calles y se lloró en las casas de quienes tuvieron que decidir, por voluntad ajena, marcharse de Euskadi.

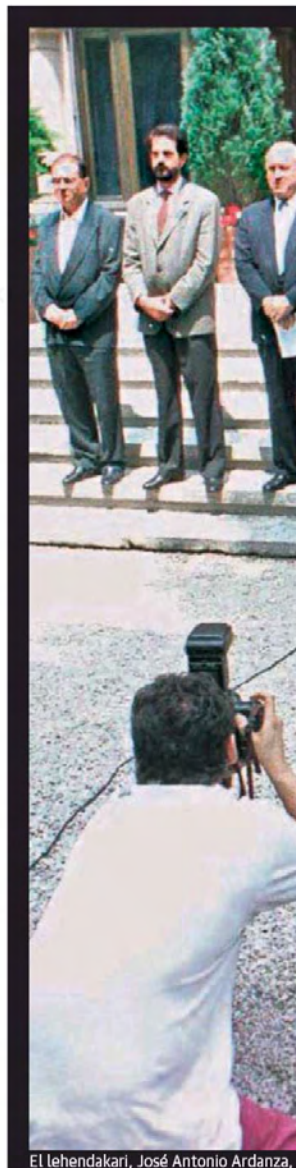
Quienes ahora recriminan al PP haber cedido ante ETA cuando exigían el reagrupamiento de sus presos, suelen obviar el episodio más duro que sufrió la familia popular con Miguel Ángel Blanco. No cedieron al chantaje de quienes quisieron cambiar la vida del edil por el acercamiento de

se daba por liberado de las obligaciones del pacto, ya le habíaafeado al PP ante el anterior líder del PSE, Ramón Jáuregui, la utilización que estaban haciendo, a su juicio, del estallido social tras el asesinato. Los ciudadanos frente a las sedes de HB, los erztzainas quitándose el verduguillo en las calles de Euskadi, la periodista Victoria Prego entonando el «a por ellos, porque somos más y mejores» en la multitudinaria manifestación de Madrid... Empezaron a cundir los nervios en Sabin Etxea, que temía perder pie y que la onda sísmica se lo llevara por delante.

Abucheos en Las Ventas

«De la noche a la mañana», recuerdan los protagonistas, el paisaje empezó a cambiar. El concierto que se organizó en septiembre en la plaza de Las Ventas en homenaje a Miguel Ángel, con el actor José Sacristán afeando a parte del público que abuchease a Raimon por cantar en catalán, contribuyó a enrarecer un poco más el ambiente. En octubre, ELA proclamó en un acto de enorme simbolismo en Gernika la «defunción» del Estatuto. Los coletazos del 'espíritu de Ermua' que había unido a los partidos vascos empezaron, paradójicamente, a desunirlos.

En marzo de 1998 la Mesa de Ajuria Enea se reunió por última vez antes de disolverse. En junio, el PSE abandonó la coalición de gobierno con los nacionalistas. En julio, dirigentes peneuvistas y de EA se reunieron en secreto con ETA y estamparon el sello de sus respectivas organizaciones en un acuerdo que preveía una institución común para Euskadi, Navarra e Iparralde (Udalbiltza) y no pactar con las fuerzas que buscan «la destrucción de Euskal Herria». En septiembre se firmó oficialmente el acuerdo de Lizarra. Euskadi se había partido en dos y la ruptura de la tregua en enero de 2000 solo iba a ahondar más un abismo que no empezaría a cerrarse, ya sin ETA, hasta lustros después.



El lehendakari, José Antonio Ardanza.

los presos. Soportaron presiones al límite. Y pagaron un alto precio porque la banda cumplió con sus amenazas.

Se habló, entonces, de aislar políticamente al entorno de ETA, es decir, a Herri Batasuna. Por primera vez los cómplices de ETA sintieron miedo de la gente. Y Batasuna respondió desafiante acusando a los partidos democráticos de manipular los sentimientos de los ciudadanos. De aquella catarsis colectiva cristalizó «el espíritu de Ermua».

Pero esa unidad duró poco. Se había producido una movilización de tal dimensión que el nacionalismo temió no controlarla y que se desatará una «marea española». Al cabo

de un año, abandonó la unidad democrática para firmar el Pacto de Lizarra con los socios de ETA. Cambiaron el aislamiento de Herri Batasuna por el del PP y PSE.

Veinticinco años después, Marimar, la hermana de Miguel Ángel, sigue exigiendo justicia y reparación. Con más de 350 asesinatos sin esclarecer. Los terroristas sin arrepentirse de sus crímenes y sus socios políticos, desde las instituciones, dándonos clase de democracia. No se trata de poner trabas a la convivencia con la memoria de aquellos hechos traumáticos. Se trata de sentar sus bases sólidas para que el horror no vuelva a repetirse. Y, para ello, es imprescindible recordar.

El silencio cómplice y las primeras grietas

IZQUIERDA ABERTZALE

Estrategia. Herri Batasuna optó por cerrar filas para evitar que las voces críticas que surgieron fuesen a más

DAVID GUADILLA

El secuestro y posterior asesinato de Miguel Ángel Blanco generó una mayoritaria ola de dolor en la sociedad vasca. Y esa indignación golpeó con fuerza a quienes habían desoído el llamamiento para que ETA no acabase con la vida del concejal del PP en Ermua. La Ertzaintza tuvo que proteger las sedes de HB de la ira popular. Por primera vez, la izquierda abertzale se vio acorralada y algunas voces internas empezaron a cuestionar una estrategia de violencia que, sin embargo, aún tardó otros quince años en desaparecer. «Digamos que aquello no fue como la caída del Muro de Berlín, que de repente se derrumbó y nadie se lo esperaba. Pero, evidentemente, todo lo que sucedió aquellos días abrió un debate muy intenso». A corto plazo nada cambió, pero algo se movió.

Las palabras de un veterano miembro de Herri Batasuna resumen el efecto que tuvo en toda la izquierda abertzale la ejecución de Blanco. Aquel asesinato no fue un hecho aislado. Llegó en un contexto muy determinado y dentro de una estrategia. Según un exmiembro de HB que para aquel en-

tonces ya se había distanciado de las directrices oficiales, «es lamentable decirlo, pero sorprendió más la reacción ciudadana que la acción en sí».

Sólo dos años antes se había aprobado la ponencia 'Oldartzten' que apostaba por extender el «sufrimiento». Su debate arrancó a finales de 1994 y en enero de 1995 ETA ya había asesinado a Gregorio Ordóñez. A partir de ese momento la banda dejó claro que los concejales, cargos públicos e incluso exdirigentes del PP y PSOE eran su objetivo. En sólo dos años intentó matar a José María Aznar y acabó con la vida de Fernando Múgica. También asesinó a empresarios, a Francisco Tomás y Valiente, a un vendedor de bicicletas, al psicólogo de Martutene, secuestró a José María Aldaya, a José Antonio Ortega Lara, extendió la kale borroka... Se trataba de aplicar el terror para doblegar al Gobierno. La respuesta del Estado fue contundente. El Tribunal Supremo procesó a 23 miembros de la mesa nacional de HB por haber cedido a ETA el espacio electoral para emitir su 'alternativa democrática'. «El objetivo de la izquierda abertzale era aumentar la ten-

sión al máximo», apunta un ex cargo público que vivió en primera línea aquellos momentos. En este clima, ETA secuestra a Miguel Ángel Blanco.

Durante las 48 horas que duró el secuestro, HB mantuvo silencio. Frente a las llamadas de la mayoría de la sociedad vasca pidiendo clemencia para el edil del PP, el núcleo duro de la izquierda abertzale permaneció callado. Hubo excepciones. Algunos presos de la banda y concejales aislados solicitaron su liberación. También lo hizo Patxi Zabaleta, parlamentario de HB. Pero fueron versos sueltos. La izquierda abertzale cerró filas. La respuesta de la mesa nacional llegó tras la ejecución de Blanco con una nota de prensa en la que denunciaba el «linchamiento social» que sufría.

«Mantener prietas las filas»

Antiguos miembros de HB sostienen que hubo intentos por evitar el crimen, que se hicieron llamadas... Pero públicamente no hubo ningún gesto. Todo lo contrario. La estrategia fue «la de mantener prietas las filas». Pero aunque en ese momento no pareció moverse nada, empezaron a surgir grietas internas. Meses después, históricos miembros de ETA como José Luis Álvarez Santacristina 'Txelis', Kepa Pikabea y Joseba Urrosolo Sistiaga firmaban un documento en el que abogaban por el fin del terrorismo. Todos fueron expulsados de la organización.

Pero a corto plazo nada cambió. Menos de dos meses después, ETA asesinaba a un policía nacional, en octubre a un ertzaina y, en diciembre mataba a José Luis Caso, edil del PP en Rentería. En septiembre de 1998 se firmaba el Pacto de Lizarra, llegaba la tregua y se abría la esperanza. Pero una vez más se truncó. El 18 de octubre de 2000, la Guardia Civil detenía a Ibon Muñoa, concejal de HB en Ermua cuando Blanco fue ejecutado. Nunca pidió su liberación. En realidad, estaba alojando en su casa a los miembros de ETA que mataron al concejal del PP, su compañero en el Ayuntamiento.



lee un comunicado acordado en el Pacto de Ajuria Enea. P. GUTIERREZ

Espíritu efímero y trascendental

ANTONIO RIVERA



El titular es contradictorio, un oxímoron. Y, sin embargo, la historia se produce así a veces. Después de Ermua nada fue igual. Berazadi, Ryan, Yoyes, Ordóñez, Tomás y Valiente, Iglesias Zamora, Delclaux, Revilla, Aldaya, Ortega Lara y, hasta ese momento, Miguel Ángel Blanco. La lista de víctimas del terrorismo es el nombre de las estaciones que cada quien eligió por su impacto

para decir: ¡Basta ya! La del 10 al 13 de julio de 1997 fue una Estación Términi en la que coincidieron muchos ciudadanos, el número mayor de ellos hasta entonces.

Nada fue igual luego. Y, sin embargo, menos de un año después ETA ponía sobre la mesa una propuesta que los dos partidos que sostenían el Gobierno vasco, PNV y EA, firmaron con adenda al dorso (a mitad de ca-

mino entre la 'excusatio non petita' y algún escrúpulo de conciencia). Pasado el verano vendría el Pacto de Estella, que dio lugar a la más profunda escisión social que ha conocido el país, el momento en que más cerca estuvimos del sueño de los terroristas y sus partidarios: una Euskadi con dos bandos enfrentados por la patria, no por la denuncia cívica.

Todo el desgarró de aquel mediodía soleado discurriendo masivamente por Bilbao pidiendo la libertad de Miguel Ángel y las sentidas declaraciones del lehendakari Ardanza afirmando que le separaban de los patriotas asesinos tanto los medios como el fin sucedían mientras por debajo prosperaba la llama-

da 'vía Ollora'. Ibarretxe, después, más inconsciente que cínico, hubiera respondido con un «¡Qué tendrá que ver!». Suena brutal, pero así se produce la historia. En el canto del cisne criminal, aquellos tres o cuatro primeros años de nuestro siglo, entre las estaciones Buesa y Joseba Pagaza, Eguiguren también se veía con Otegi. Y, posiblemente, haya sido bueno mantener la línea caliente en los más oscuros instantes.

Pero la impresión no deja de ser penosa. Si no sobrevuelas como comentarista, si te sigues viendo como ciudadano indignado y doliente en 1997, en 2000 o en 2003, te da la impresión de que te engañaron, de que pensabas estar protagoni-

zando una historia que, en realidad, era otra; o que formaba parte de otra, y luego lo has sabido.

Al final, el juicio sobre tamaño mezcla depende de cómo consideres y te ubiques en el final. Si crees que mejor haber acabado, das resignadamente por buena la doblez; si te detienes en cada una de las situaciones, te has quedado para siempre en el apocalipsis y la rueda del tiempo te habrá pasado para estas horas por encima. La historia real es así de canalla. Juegan a la vez lo que parece y su contrario. Y no es del todo malo que sea así. Ni tampoco fue inútil lo que hicimos o intentamos, sobre todo porque al final lo logramos. O, al menos, así lo pienso.



El doctor Patxi González Urra, frente a las urgencias del Hospital Donostia. JOSÉ IGNACIO UNANUE

«Se intentó todo para salvarle pero fue imposible, el destrozo era total»

PATXI GARCÍA URRRA. MÉDICO

Urgencias. El jefe de Intensivos del Hospital Donostia relata el ingreso del edil del PP con un hilo de vida tras recibir dos disparos en la cabeza. No pudieron hacer nada. Él tuvo que dar la noticia a la familia

FERNANDO SEGURA



El doctor Patxi González Urra se encontraba de guardia aquel fatídico día en el Hospital Donostia. Formó parte del equipo médico que atendió a Miguel Ángel Blanco y fue él quien dio la noticia de la muerte a la familia del concejal. El equipo estaba más que curtido en atender a heridos en atentados, pero aquel caso era diferente. Ese sábado se cumplía el plazo dado por ETA y la tensión era máxima. Cuando Miguel Ángel llegó al hospital los médicos pusieron todo su empeño por devolver la esperanza a su familia y a las decenas de miles de personas que se habían manifestado pidiendo su liberación, pero fue imposible.

— ¿Cómo inició usted aquel fatídico día?

— En previsión de lo que pudiera pasar teníamos una habitación reservada para Miguel Ángel Blanco. La tensión era máxima porque el seguimiento mediático fue muy intenso y la sociedad estaba volcada. No era un día normal.

— ¿Esperaba el fatal desenlace?

— Hubo peticiones internacionales, incluidas las del Papa, para que lo liberaran, de ahí que yo pensaba que quizá esta vez no se produciría una tragedia. Pero también sabía que ETA llevaba sus amenazas hasta el final. A las cuatro de la tarde terminaba el plazo. A los pocos minutos de pasada esa hora me llamó un compa-

ñero y me anunció que había aparecido vivo, que estaba bien. Nos llevamos una inmensa alegría, pensábamos que le habían liberado. Sin embargo, no transcurrieron ni cinco minutos cuando me llamaron otra vez para decirme que presentaba heridas de bala, que venía intubado y en coma profundo. Probablemente, interpretamos mal la primera llamada.

«Cuando llegó vimos que estábamos ante una muerte clínica, pero había algo de actividad cerebral»

— ¿Qué hicieron cuando Miguel Ángel llegó al hospital?

— Le hicimos las exploraciones pertinentes y el equipo médico coincidió en que estábamos ante una muerte clínica, aunque quedaba algo de actividad cerebral. — **El destrozo fue total...**

— Sí, fueron dos balas. Una quedó alojada en la región posterior de la nuca. La otra entró por el mastoideo derecho y paró en el frontal izquierdo. Esta última atravesó todo el cerebro. La onda de la lesión no es lineal, es decir, la bala no realiza un recorrido uniforme y con el mismo diámetro. El efecto es como el de un embudo, con un orificio inicial pequeño que se va agrandando.

— **Mortal de necesidad.**

— Sí. Además, cuando el cerebro recibe el impacto se hincha y, como está metido en una caja cerrada, acto seguido se aprieta sobre sí mismo. Si algo quedaba vivo lo mata por completo. Aún así le aplicamos un 'doppler', cuya función es registrar los patrones del cerebro. El resultado fue de muerte cerebral, pero le seguimos tratando como si hubiera alguna posibilidad de salvarlo. Quedaba algo de actividad y era un chico joven. Además, en medicina dos más dos no siempre son cuatro.

— ¿Estuvo usted con la familia del concejal?

— Sí. Me llamaron de dirección y me dijeron que la madre se encontraba allí y que sufría un ataque de ansiedad muy fuerte. Me pidieron que fuera y lo hice. Cuando llegué me gritó: «¡Mi hijo! ¡Mi hijo!». Como yo ya tenía experiencia en otros casos de atentados y accidentes, le pregunté: «¿Quieres verle?». Sabía que le iba a tranquilizar. Y así fue, se calmó, porque sé que una madre quiere ver a su hijo y tocarlo, y más en su caso después de la angustia pasada durante tres días. El padre estaba más ausente.

— (...)

— La cogí del brazo y bajamos a la UVI. Para que no se asustara le avisé de que estaba conectado a un montón de aparatos. Entró le tocó y le dijo «Miguel Ángel»... «Miguel Ángel»... Le expliqué que la situación era muy difícil, pero que íbamos a intentar todo lo que estaba en nuestras manos. Miguel Ángel no tenía signos de sufrimiento y su madre se tranquilizó. El rostro se mostraba relajado y sin heridas, porque las balas estaban dentro y no habían provocado destrozos externos.

— ¿Cuándo confirmaron definitivamente la muerte?

— Por la noche, de madrugada... No recuerdo la hora. Decidimos realizar un nuevo electroencefalograma. Nos confirmó que no había actividad cerebral. Por tanto, clínicamente estaba muerto. Informé a la familia. Se hundieron.

— ¿Qué sintió usted cuando acabó todo?

— Nos habíamos acostumbrado a los atentados. Nuestro equipo estaba considerado como uno de los más expertos del mundo en heridas por armas de fuego, pero este fue un caso especial por la repercusión mediática y porque fue la crónica de una muerte anunciada, con lo que conllevó de tensión acumulada.

— ¿Alguna lección?

— Los atentados solo generaron sufrimiento. ¿Qué mal había hecho aquel chico? Ahora bien, fue un punto de inflexión. La sociedad de forma mayoritaria sintió repulsión hacia ETA.

«ETA tuvo la indecencia de llamar a casa de los Blanco para justificar el asesinato»

ALBERTO MARTÍN. ERTZAINA

24 horas. Seis agentes de la comisaría de Eibar les protegieron y acompañaron en casa y fueron con ellos a las manifestaciones, al hospital y al sepelio

En la comisaría de la Ertzaintza en Eibar estaban acostumbrados a los secuestros. El 29 de octubre de 1993, tras 116 días de cautiverio, Julio Iglesias Zamora fue liberado por ETA en el alto de Arrate, entre Eibar y Elgoibar. Cerca de allí, en el alto de Azkarate, recuperó la libertad el 14 de abril de 1996 José María Aldaya tras el secuestro más largo perpetrado por la banda hasta entonces: 341 días. Los dos caían en la demarcación que cubre la comisaría de Eibar y queda a pocos kilómetros de Elorrio, donde ETA soltó a Cosme Delclaux el 1 de julio de 1997, y de Arrasate, donde la Guardia Civil liberó a Ortega Lara pocas horas después. «Sabíamos de secuestros pero nunca habíamos tenido una fecha de ejecución sobre la mesa. Nadie estaba preparado para un secuestro así y con tan poco margen de maniobra», reconoce Alberto Martín. Es uno de los seis ertzainas que conformó el grupo que se creó de inmediato para proteger y acompañar a la familia de Miguel Ángel Blanco. Todos solían trabajar de paisano.

«Estuvimos durante las 24 horas con ellos, desde el momento en que se produce el secuestro hasta un par de semanas después», recuerda Martín. El equipo de agentes de la Ertzaintza seguía en casa de los Blanco cuando, unos diez días después, se recibió una infame llamada. «Lo sabe muy poca gente pero ETA cometió la indecencia de llamar a la casa de la familia para justificar el crimen de Miguel Ángel. Tuviron la desgraciada idea de justificar la muerte con acusaciones sobre la política del PP y la situación penitenciaria». «Esa llamada está grabada. Estará en poder de Interior», añade.

«Trabajábamos dos o tres, por turnos. Hacíamos guardia en su casa y les acompañábamos a todas las salidas. Mañana, tarde y noche. Estuvimos en las manifestaciones para pedir la liberación, escribieron los comunicados con nosotros y luego nos tocó acompañarles a la cuarta planta del hospital Aranzazu, que estaba reservada para la familia y las instituciones. Estábamos con Chelo y Miguel y con algún cargo del PP cuando les comunican que el segundo encefalograma ha salido plano —era la comprobación, unas horas después de la primera prueba—, lo que suponía que pasaba de muerte cerebral a muerte real. Esos instantes, lo que vi allí en el hospital, los guardaré siempre en mi memoria. Me los quedo para mí. Tengo que decir que la familia Blanco Garrido ha sido siempre ejemplar, cariñosa y exquisita en el trato con todos los que participamos en la búsqueda de su hijo».

JESÚS J. HERNÁNDEZ



Miguel, el padre de Miguel Ángel, llega a casa del trabajo con el gesto desencajado. IGNACIO PÉREZ.

A Alberto Martín le tocó realizar parte de las numerosas llamadas que se sucedieron a continuación. «Me tocó comunicárselo al magistrado de la Audiencia Nacional. No había móviles en aquel tiempo, ni siquiera en la Ertzaintza. Tuvimos que comprar pinganillos porque en aquella época no teníamos». Guarda en un cajón recuerdos de aquellos días, como unas gafas doradas de la marca Ray-Ban que vestían todos los agentes cuando salían a la calle con la familia Blanco. «Nos habíamos quitado el verdugillo y las gafas eran útiles», admite.

Estrés sostenido

Eran seis los ertzainas que protegieron a la familia Blanco. «Uno de los compañeros se suicidó hace dos años de un tiro en la cabeza. Era un buen amigo, muy querido, un tío sano», rememora. Era el ertzaina que ayudó a entrar en casa al padre de Miguel Ángel cuando llegó aquel día del trabajo, con la ropa de faena y el gesto desencajado ante la certeza de que aquel tumulto en el portal era por su hijo mayor. Una imagen que conmocionó España.

Al igual que su compañero, Alberto Martín también intentó quitarse la vida. «Había acabado en una silla de ruedas por una lesión medular derivada de los problemas de nervios, como muchos compañeros que estuvimos en el País Vasco. Y busqué una solución definitiva a un problema temporal. Intenté acabar con mi vida», confiesa. Cambió de vida y se mudó a Sevilla. «Fui saliendo con el apoyo de mi madre y creé la Asociación Andaluza Preventiva del Suicidio Policial». En la ciudad hispalense, donde él logró volver a caminar, atienden a compañeros de todos los cuerpos en unas instalaciones cedidas por el sindicato Jupol.

Lo que les pasó factura a estos agentes no fue sólo Blanco, naturalmente. «La losa son todos estos años», resume. El estrés de la amenaza terrorista, sostenido durante años, dejó huellas en muchos agentes que trabajaron en Euskadi. Alberto Martín fue el policía más joven que aprobó la oposición para convertirse en ertzaina, recién cumplidos los 18. «Con 24 salí en la primera lista de ETA. He aparecido en tres». Tuvo que irse a vivir a Cantabria. «Los amigos se tomaron como algo normal que un chaval de esa edad se tuviera que marchar», recuerda. Cosas impensables. Él añade una más. «Nunca ha aparecido el arma del crimen de Blanco, un calibre 22 muy infrecuente, uno de los más pequeños. Estoy seguro de que alguien guarda ese arma como un trofeo».

Yo nací aquel año en que todo cambió



Beatriz Araujo Bilbao

«El asesinato de Blanco fue la gota que colmó el vaso»

A Beatriz (nacida el 23 de abril de 1997) le bautizaron el día en que encontraron el cuerpo tiroteado de Miguel Ángel Blanco. «Gracias a Dios no viví esa época», musita. Pero confiesa que es

«una persona muy curiosa». Por eso investigó por su cuenta, aunque en su casa «ha sido un tema muy relevante». «Fue un asesinato contra el que se rebeló la sociedad, la gota que colmó el vaso». Lamenta que haya jóvenes que no sepan o no quieran saber lo que pasó en Euskadi durante la época terrorista. «Es pura ignorancia», censura.



Gaizka Ormaetxea Bilbao

«El paso del tiempo no es excusa para el perdón ni el olvido»

«ETA ha sido una parte crítica de la historia vasca y si te implicas en la vida política y social te topas con el nombre de Miguel Ángel Blanco», expone Gaizka (27 de octubre). «Es crucial saber

quién fue». Aún queda «camino por recorrer por parte de algunos sectores que no condenan la violencia, aunque ya no la justifiquen», pero es optimista. «Se dan los pasos para que todos los vascos interioricemos lo que supuso el terrorismo, que no olvidarlo, porque el paso del tiempo no es excusa para el perdón y el olvido».



Beatriz Berlanga Ortuella

«Piensas en la valentía que tenía aquella gente»

Cuando Beatriz (29 de marzo) rememora las imágenes de las manifestaciones tras el asesinato de Blanco se le ponen «los pelos de punta». «Piensas en la valentía que tenían muchas per-

sonas amenazadas, que salían cada mañana y no sabían si iba a ser su último día...». Cree que hoy se puede hablar «tranquilamente» del terrorismo gracias a los avances «en reparación y memoria, charlas, encuentros restaurativos...». Y cita la proliferación de películas y series sobre ETA. «Son indicativo de que la sociedad es más libre».



Aner García Barakaldo

«Una opinión no te puede costar la vida»

«Durante mucho tiempo la sociedad vasca estuvo gobernada por el miedo, pero a partir del asesinato de Blanco la gente dijo 'basta ya'», expone Aner (18 de abril). «A veces uno calla y parece que está de acuerdo, pero ahí la gente

se significó, jugándose el tipo. ¿Por qué Miguel Ángel? ¿Qué hizo tan terrible? Una opinión no te puede costar la vida», lamenta. Sostiene que hay que recordar porque «es bueno». «Decía Cernuda 'recuérdalo y recuérdalo a otros'. Hay que hablar del pasado y entenderlo para tener una memoria democrática como sociedad y mostrar el camino equivocado», zanja.



Yaiza Rodríguez Ermua

«Cuando toca en tu pueblo te lo tomas como algo personal»

Estos días, Ermua es un hormiguero. El asesinato de Blanco supuso un duro golpe para el pueblo. «Es duro, pero como la gente estaba acostumbrada a los atentados y escuchaba que habían matado a alguien en otro

municipio pues bueno... Pero cuando pasa en tu pueblo, te lo tomas de forma distinta, casi de forma personal. Y te preguntas por qué fue Miguel Ángel y no nosotros, mi familia...». Yaiza (6 de mayo) reconoce que «nunca» ha hablado con gente de su edad «quién era o qué le pasó». «No sé si fue tabú, puede ser cuestión de la gente con la que me he rodeado».



Joan Olaizola San Sebastián

«Fue un crimen terrible; ETA no tenía escrúpulos»

Joan Olaizola (11 de diciembre) reconoce que el asesinato de Miguel Ángel Blanco fue «un punto de inflexión». Por eso muestra «su sorpresa» al constatar que personas de su edad «no sepan sobre ETA» porque,

asegura tajante, «forma parte de la historia de nuestro país». ¿Y cómo hubiera reaccionado él ante aquel trágico julio de 1997 en el que todo cambió? «Aun siendo un crimen terrible, creo que no me hubiese sorprendido tanto... Todo el mundo sabía de lo que eran capaces los terroristas de ETA y que no tenía ningún tipo de escrúpulos», lamenta.

IÑIGO FERNÁNDEZ
DE LUCIO
Y AINHOA MUÑOZ



Memoria. Uno de los grandes dramas es que la mitad de los universitarios vascos no sabe quién fue Miguel Ángel Blanco. Ellos sí y explican por qué es importante saberlo

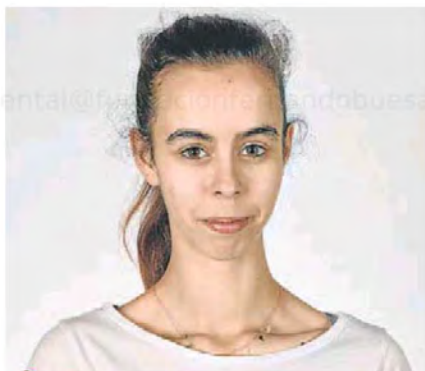


Iván Palomino Llodio

«Muchos de mis amigos no saben quién fue»

«Hay gente de mi edad que no conoce quién fue Miguel Ángel. Amigos míos lo desconocen. Muchos están desconectados de la política –aunque esto trasciende la política– y tampoco les

interesa el tema... Yo mismo hasta que investigué un poco tampoco sabía», reflexiona Iván (17 de abril). Critica que en el colegio no haya «ninguna materia en la que se explique lo que ocurrió». «Da la sensación de que no interesa que se recuerde», critica, «cuando es necesario conocer. Se puede aprender mucho de la figura de Blanco».



Paula Fonturbel Ermua

«Mi madre se manifestó estando embarazada de mí»

«Siempre digo que a Ermua se la conoce por lo malo», comenta, resignada, Paula (3 de agosto). Conoció la figura de Miguel Ángel a medida que crecía. En casa le hablaron de él. «Mi ma-

dre fue a manifestarse a la plaza estando embarazada». Explica que en el pueblo se nota que es el 25 aniversario, «la gente lo comenta». Participó en el programa educativo 'Herenegun'. «Fue una buena experiencia, interesante. Vinieron a hablarnos familiares de víctimas de ETA y de los terroristas. Ves cómo se sienten ambos».



Imanol Manzano Santurtzi

«Sería importante contar la historia de ETA sin relativizar»

«El tema del terrorismo no está tan desarrollado para que los jóvenes seamos conscientes de lo que fue esa época», reflexiona Imanol (22 de mayo). «Nuestros padres lo vivieron de forma más di-

recta. Hay cosas que si no fuera porque preguntó...». «Sería importante que se nos cuente la historia de ETA sin relativizar, desde una visión democrática y de los derechos humanos». En el caso de Blanco, «no es lo mismo que te digan que pasó en el 97 y ya está a que te expliquen lo que implicó, la reacción popular, el porqué...».



Sandra Enjuto San Sebastián

«¿Cómo la gente podía vivir así, con tanto miedo?»

Su madre estaba a punto de dar a luz cuando Euskadi se revolvió contra ETA y clamó la liberación de Miguel Ángel. 48 horas agónicas que Sandra Enjuto (20 de julio), donostiarra licenciada en Medicina, co-

noce por boca de sus padres y por un interés propio que le llevó a ver un documental que recoge aquel terrible crimen en Ermua. «Mucha gente salió a la calle a protestar y mi madre, con su barrigón, se puso atrás para que no le empujaran. Me han contado que fue un antes y un después. ¿Cómo se podía vivir así, con miedo?», se pregunta.



Mikel Amundarain Hernani

«Sé más cosas de la Guerra Fría que de la historia de ETA»

Mikel Amundarain (26 de julio) se dedica al mundo de la música, la misma pasión que llenaba los ratos libres del joven concejal. Y, desde siempre, este hernaniarra ha escuchado la misma anécdota, aque-

lla que revela el escaso conocimiento que la generación posterior a Miguel Ángel Blanco tiene sobre aquella ejecución anunciada. «Nací en julio, y siempre se me ha repetido que mi madre rompió aguas en el mes del Jazaldí, pero sobre el asesinato no...». «En comparación con la historia de ETA –reflexiona–, sé más cosas de la Guerra Fría».



Laura Gómez San Sebastián

«Es necesario que estas historias estén en los colegios»

«Me parece una auténtica falta de respeto. ¿Le asesinan y encima hacen eso?». Esta es la reacción de Laura Gómez (24 de septiembre) cuando tiene conocimiento de que Miguel Ángel Blanco descansa

en Galicia después de que su tumba sufriera en Ermua continuos sabotajes. Esta joven donostiarra asume desde su profesión –es docente– la necesidad de que las historias de terror que provocó ETA lleguen a los colegios. «Hay que hacer hincapié en lo que sucedió y recordar el daño que se causó para que no vuelva a ocurrir», defiende.

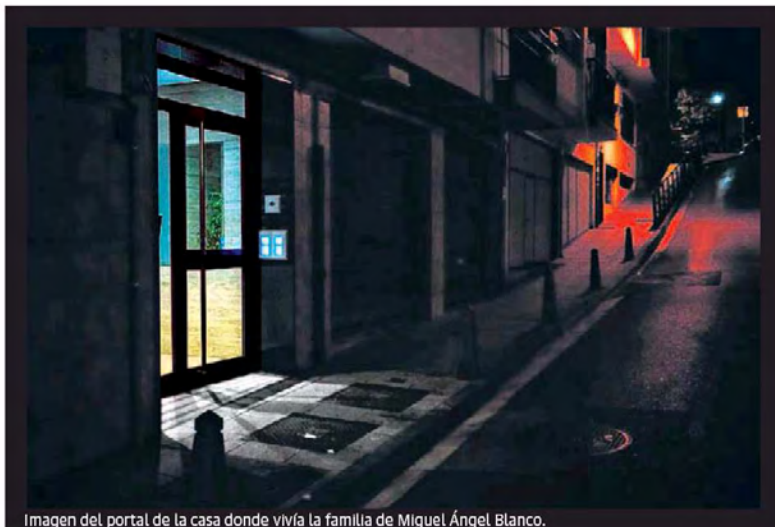


Imagen del portal de la casa donde vivía la familia de Miguel Ángel Blanco.

Aquí lo mataron, aquí

AYER Y HOY

Recorrido. El secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco fue un drama desencadenado en escenarios comunes, casi intercambiables

PABLO MARTÍNEZ ZARRACINA



El portal número 11 de la calle Iparraguirre está en Ermua, pero podría estar en Barakaldo o Rentería, en el barrio de Zaramaga de Vitoria o en el de Rekalde en Bilbao. El portal del que Miguel Ángel Blanco salió por última vez pasadas las tres de la tarde del 10 de julio de 1997 encajaría en cualquier barrio popular de cualquier municipio de la Euskadi urbana: zonas que en los años sesenta y setenta se llenaron de trabajadores venidos de otras partes de España. Esos trabajadores dieron carreras universitarias a sus hijos y hoy empujan los carritos de sus nietos en calles como esta de Ermua, que alberga una sucesión de garajes y lonjas con las persianas bajadas. El portal donde vivió la familia Blanco, al que vimos llegar al padre del joven concejal del PP, vestido con la ropa de trabajo y preguntando nervioso qué pasaba, ha sido re-

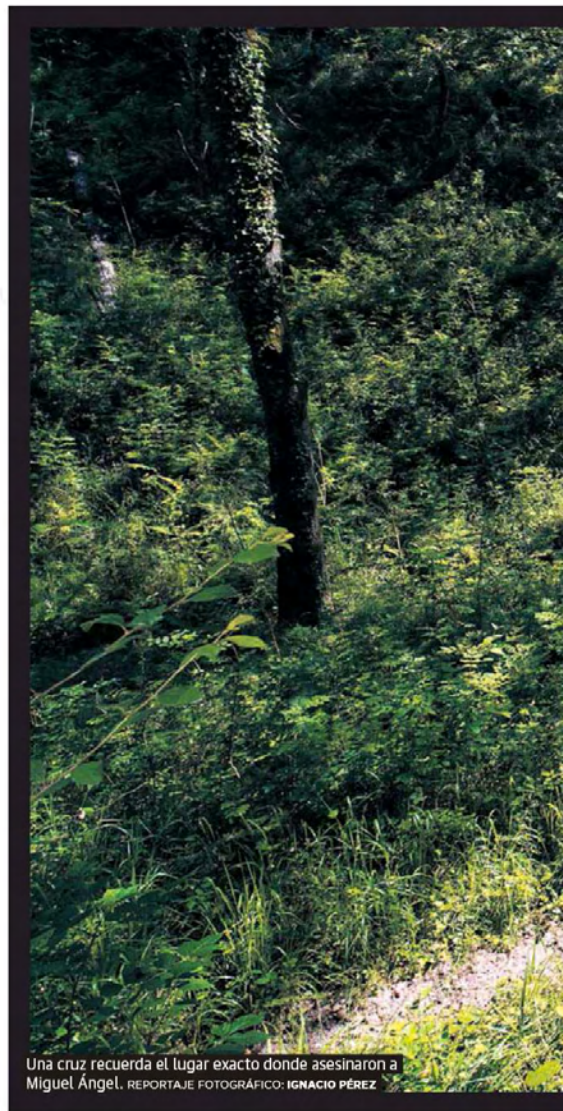
formado como cualquier otro en los últimos años: cambiando la madera y la penumbra por la luz y el acero inoxidable.

Lo siguiente que Miguel Ángel Blanco hizo aquella tarde por última vez fue coger el tren a Eibar y bajarse en la estación de Ardanza para ir caminando a su trabajo. Lo que fue un sencillo apeadero es hoy un edificio que como toda instalación pública vasca recuerda en términos de grandilocuencia y gelidez a un aeropuerto. La estación está en una de esas zonas por las que se pasa con prisas en dirección a otro lugar. Entre millones de trayectos anodinos, uno lo cambió todo cuando Miguel Ángel Blanco fue interceptado a la salida del apeadero por Irantzu Gallastegi, la etarra que lo introdujo a punta de pistola en un coche de color oscuro.

Resulta curioso: el drama de la víctima de ETA que nos resulta más singular y reconocible se de-

sencadenó en escenarios casi intercambiables, en una especie de reverso de la tarjeta postal vasca, donde nada es especial pero todo es común y significativo.

El portal de un barrio popular, una estación de Euskotren muy transitada. Por debajo, el subterráneo mismo del país. De vuelta en Ermua, en el breve trayecto entre el número 11 de la calle Iparraguirre y la plaza Cardenal Orbe, junto al Ayuntamiento, donde desembocaron las manifestaciones por la liberación del concejal y se celebró la vigilia con velas la noche del 11 de julio, el exterior de un bar muestra uno de esos mosaicos de pegatinas en el que aún se distingue una desgastada por el tiempo que exige el retorno «a casa» de Ibon Muñoa, el concejal de Herri Batasuna en Eibar que fue condenado por informar al comando Donosti de la identidad y las costumbres de Miguel Ángel Blanco.



Una cruz recuerda el lugar exacto donde asesinaron a Miguel Ángel. REPORTAJE FOTOGRAFICO: IGNACIO PÉREZ

Recordando en el Casco Viejo de Ermua las escenas de hace veinticinco años, impresiona pensar cómo aquellas multitudes oscilantes entre la esperanza y la furia, rebosantes de una dignidad largamente postergada, pudieron agruparse en unas calles tan estrechas. El frontón también ha

LAS CLAVES

CORAZÓN DEL PUEBLO

Impresiona pensar cómo aquellas multitudes, rebosantes de dignidad, pudieron agruparse en unas calles tan estrechas

EL MENSAJE DE TOTORIKA

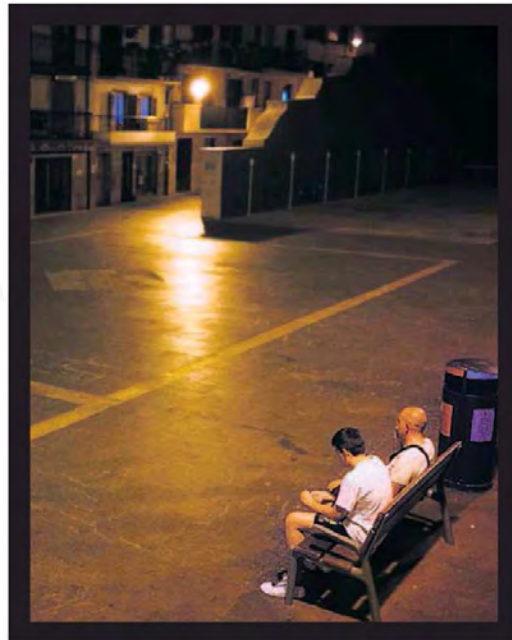
Donde entonces surgió un grito colectivo, hoy un murmullo promisorio de terrazas

sido reformado y es un paréntesis entre edificios que parecen sobreponerse unos sobre otros. La zona es tranquila, peatonal, acoge el rumor de la vida cotidiana; antes que a los pensamientos graves, invita a sentarse en un bar a tomar algo. Nada haría pensar que estas calles acogieron la rebelión de un pueblo que contagió a todo el país.

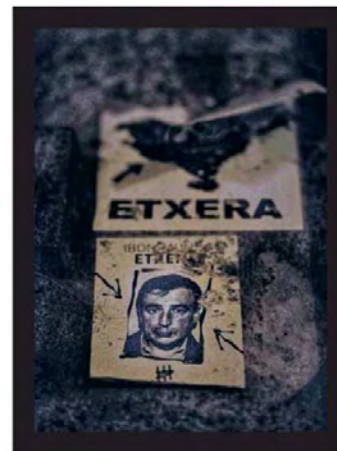
Se necesita un esfuerzo de la imaginación para recordar la energía trágica que se desató cuando el 12 de julio el alcalde Totorika salió al balcón del Ayuntamiento para anunciárselo micrófono en mano a la multitud: «Nos han confirmado que Miguel Ángel ha sido asesinado». Donde entonces surgió un grito colectivo, hoy hoy un murmullo promisorio de terrazas.

Dos disparos

A cincuenta kilómetros de Ermua, en el barrio de Oztaran de Lasar-



Arriba, la plaza de Ermua, epicentro de las movilizaciones. Abajo, una vieja pegatina reclama la vuelta a casa del colaborador del crimen, Ibon Muñoa.



te, el lugar en el que 'Txapote' disparó dos veces sobre Miguel Ángel Blanco, mientras José Luis Gestera Mujika sujetaba al concejal, es una especie de no lugar perdido entre los árboles.

Un vecino que pasea por las afueras del pueblo señala de un modo inconcreto hacia la vaguada boscosa bajo el antiguo viaducto del tren y reconoce que a él también le gustaría conocer el sitio dónde pasó todo. Al fin y al cabo lleva cuarenta años viviendo en Lasarte. Durante un segundo, el recuerdo del crimen parece conmovirlo. Poco después, el hombre subraya la presencia de un famoso restaurante en las inmediaciones. Ese paso de la gravedad a la rutina se repite con la indiferencia de un giro dialectal. Al otro lado de la vaguada en dirección hacia Urnieta, la dueña de un caserío remite a una curva en una carretera en la zona del arroyo y se ofrece a mostrar el lu-

gar exacto donde apareció herido de muerte el concejal.

Se trata de un paréntesis frondoso, una zona de paso en un pequeño bosque de robles en el que se advierte un rumor de agua y un arrendajo avisa de la presencia de intrusos. Le responde al instante un alboroto de gorriónes. La mujer recuerda la cantidad de policías y periodistas que aparecieron de la nada hace veinticinco años. Y reproduce las conversaciones que mantiene con su nieta al pasar por aquí. «Hementxe hil zuten, hementxe, le digo». Aquí lo mataron, aquí. «Nik enekien, amona». Yo no sabía, abuela.

Hace veinticinco años la carretera era un camino de tierra por el que apenas cabía un coche. El propietario de un terreno cercano asfaltó la pista hace años. El hombre cuenta que es muy raro que llegue alguien preguntando por Miguel Ángel Blanco. Con una ex-

cepción: los guardias civiles de Intxaurren sienten mostrarles el lugar a los nuevos agentes que llegan destinados al cuartel.

Los pájaros

Una señal indica el lugar exacto del crimen. Su importancia es máxima y algo absurda: en reali-

LAS CLAVES

LOS LUGAREÑOS

La dueña de un caserío se ofrece a mostrar el lugar exacto donde apareció herido de muerte el edil

LUGAR DEL ASESINATO

Los guardias civiles de Intxaurren suelen mostrárselo a los nuevos agentes que llegan destinados al cuartel

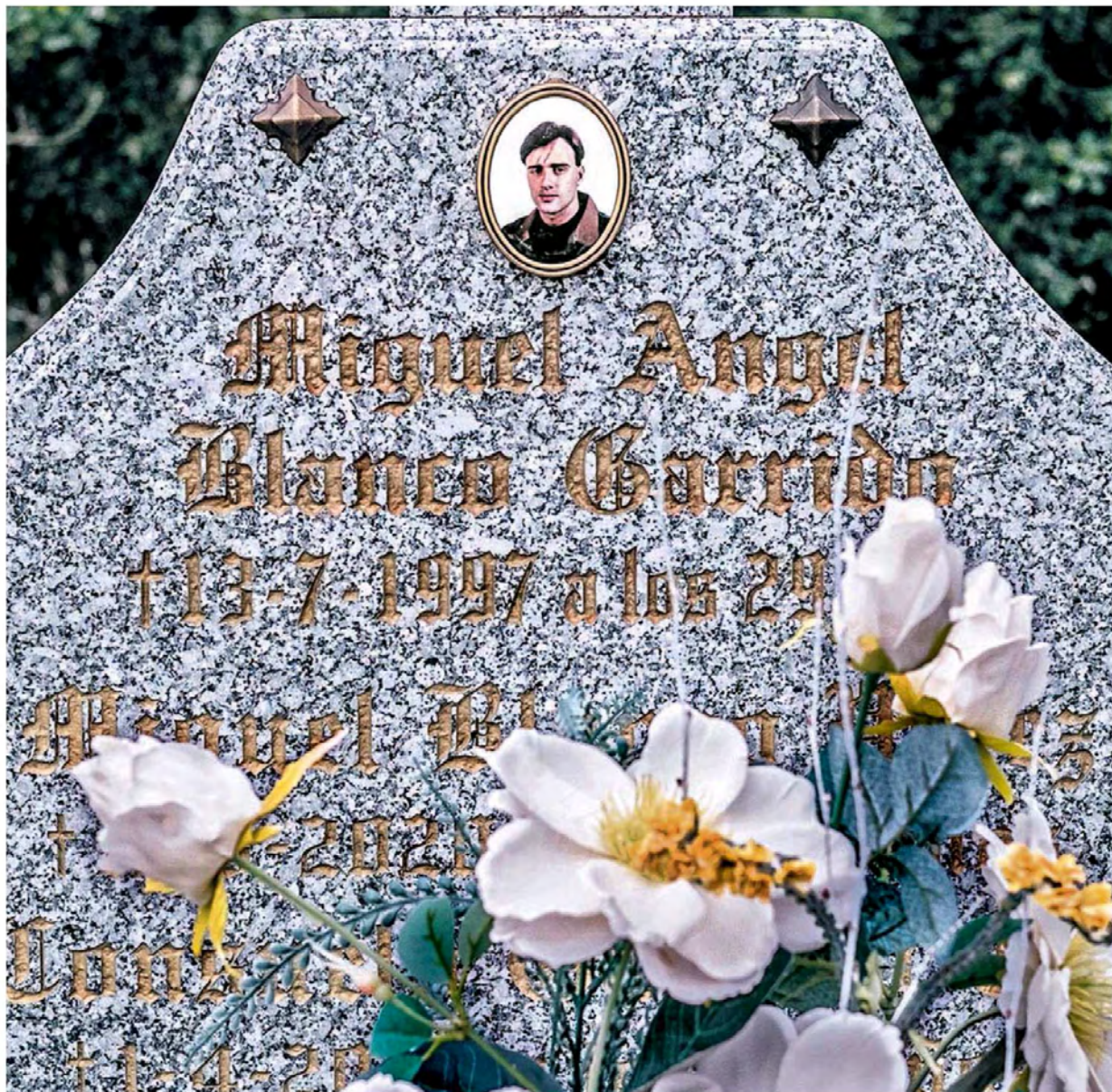
dad, apenas se ve y no es fácil de encontrar. Se trata de una cruz grabada en uno de los árboles próximos a la curva de la carretera. Da la sensación de que la cruz estuvo en algún momento pintada de blanco. Para llegar hasta el árbol, hay que adentrarse diez o doce pasos en el bosque, lo suficiente para utilizar la pendiente como parapeto. Un sendero indica el camino e impone la reconstrucción mental. El coche aparcado en la curva. Dos disparos con silenciador sobre un joven de veintinueve años maniatado con un cable. El segundo en realidad sobre un joven maniatado, herido y arrodillado: el tiro de gracia de una ejecución.

Es difícil no pensarlo: «Ojalá escuchase los pájaros». Se oyen incluso dos ruiseñores, uno muy cerca y otro más lejos. El paisaje combina lo idílico y lo siniestro, pero es sobre todo vulgar, indistinguible de tantos otros en un

país propenso a la vegetación y los caminos secundarios. Impresiona pensar que allí sucedió. Y que no queda el menor rastro. Dan ganas de irse cuanto antes.

Al otro lado de la carretera, más subtexto: en la puerta de una caseta eléctrica hay una pegatina. Se ve en ella la fotografía de un coche de la Ertzaintza que es sacado de un río con una grúa. Es el coche patrulla en el que en diciembre de 2020 murió un agente tras precipitarse al Urumea.

A escasos quince metros del lugar en el que ETA asesinó a Miguel Ángel Blanco, mientras alborotan los gorriónes y el sol reverbera en las hojas de los robles, la pegatina informa de que «el mejor zipaio» no es ya el que está ardiendo, sino el que está «en el río». Los pájaros siguen cantando inmovibles. Se va uno pensando si dos disparos con silenciador alterarán un concierto semejante.



La tumba de Miguel Ángel Blanco en el cementerio de la aldea de Faramontaos, en Ourense, de donde es originaria la familia del edil asesinado. BRAIS LORENZO

Peregrinaje a una tumba en Faramaontaos

CEMENTERIO EN GALICIA

ÓSCAR B. DE OTÁLORA

Los restos de Miguel Ángel Blanco se encuentran desde hace cinco años en Faramontaos, una pequeña aldea de Ourense de la que es originaria la familia del joven asesinado por ETA. El traslado se produjo de una forma discreta, después de que los allegados acabasen hartos de que los radicales uniesen al crimen la ofensa y se dedicasen a atacar la tumba de Miguel Ángel,

mancharla con pintadas y destrozar las flores que colocaban allí quienes se negaban a olvidarle.

Blanco tuvo entonces un segundo entierro en Faramontaos, en un minúsculo cementerio situado junto a un bosque a la entrada del pueblo. Pese a la discreción, el apartado rincón se convirtió en una visita obligada para aquellos que recordaban el crimen y el horror que se produjo hace 25 años en el País Vasco.

La familia ha recogido en estos años todo tipo de recuerdos que han dejado en la tumba quienes peregrinaban hasta allí con Miguel Ángel Blanco en la memoria: dibujos de niños, banderas, cartas, cruces... y sobre todo muchas flores. El destino quiso también que los padres del edil de Ermua, Miguel y Chelo, fallecieran con apenas quince días de diferencia en marzo de 2020. Desde entonces los tres descansan en paz en Faramontaos.